ALREDEDOR DE NUESTRA PSICOLOGÍA

HABANA

IMPRENTA AVISADOR COMERCIAL
30, AMARGURA 30
1906

M. MÁRQUEZ STERLING

ALREDEDOR DE NUESTRA PSICOLOGÍA

HABANA
IMPRENTA AVISADOR COMERCIAL
AMARGURA 30
1906

Á

RAMÓN A. CATALÁ

SU AMIGO ÍNTIMO

M. M. S.

Esta no es una obra científica escrita por un filósofo, sino un libro de observación y de arte hecho por un periodista sincero. Si la crítica serena y justa lo reconoce así, el autor gozará del contento inmenso de haber sido comprendido.

I

LA ZAFRA

En voz muy baja, como quien confiesa profundamente avergonzado un grave delito, declaro que conozco pocos ingenios de azúcar: ingenios de otra clase, averiados los más, flamantes los menos, he visto muchos en nuestro flaco mundo literario. Mis dichosísimos antepasados, patriarcas de la feraz y primorosa naturaleza camagüeyana, fueron dueños de extensas tierras erizadas de cañas, y, según rezan los anales de mi familia, poseían enormes trapiches que sacaban, de nuestra rica planta, cataratas de guarapo... ¡Contemplando las ruinas intactas de aquel pasado glorioso, he sentido ganas de llorar! Los campos se me antojaron muertos, agónica la montaña, triste y pálido el sol... En coloquio con mi pobre pensamiento he dicho: «Este átomo de planeta aguarda silencioso la se-

milla del Progreso que siembra, en la pobreza de ayer, el esplendor futuro...» Pero la conciencia me sale al paso y me reprende, que tales ideas son la tumba de nuestro enfermo tradicionalismo; y borro mi primera profanación con este brochazo de honda ternura: «No. Estos montes visten de luto por la muerte de su trapiche. En aquella lejana colina, los árboles remedan fantasmas que caminan taciturnos hacia las tinieblas de la noche en donde se entregan á su dolor.» Mudo, entre el espectáculo del pasado y el panorama luminoso del porvenir, he creído volverme idiota...

Nuestros abuelos ganaban el dinero con una gran facilidad. Por eso todos eran ricos y experimentaban el envidiable placer de la existencia. La industria puede decirse que era una ocupación doméstica; y la caña la molían aquellos honrados campesinos como coser y cantar. Por un lado entregaban á los mercaderes pedruzcos de azúcar inculto y por otro recibían sacos de onzas... Guardaban las onzas debajo de los catres y

dormían la siesta, sin preocupaciones ni pesadillas, al arrullo melancólico del güiro, que manejaban como ángeles los negros capataces... Inmensos calderos de dulce de guayaba humeaban en el patio sobre gruesos tizones encendidos; y las volantas con sus apuestos caleseros al pie de las mulas silenciosas y aburridas, aguardaban las órdenes de sus amos, que á la caída de la tarde salían de paseo por las maniguas... ¡No habían turbado aún sus alegrías los rigores de la cruel é implacable civilización!

Si la mentira del Progreso no hubiera prosperado en la fantasía de los hombres; si no se hubieran inventado máquinas maravillosas para revolver la industria y humillar á los pobres; si la traidora remolacha no hubiera pretendido competir con nuestra caña; si las maldades de los gobiernos no hubieran traído á nuestro suelo la guerra y el martirio, yo sería un hombre incomparablemente feliz. Viviría en mi montaña del Camagüey, como un señor ruso rodeado de moujiks; el estudio y la luchapor la existencia no

habrían marcado en mi espíritu las huellas tristísimas de la decepción; no me preocuparían las ingratitudes y las falsedades de los hombres; no escribiría artículos ni libros para una humanidad escéptica, indiferente, avara y mentirosa; y amaría con más ternura la ciudad alegre, á donde iría, de tarde en tarde, con mis sacos de onzas atados á las ancas de mis mulas, á distraerme en inocentes esparcimientos... ¡ Amarga realidad que levantas entre lo que pude ser y lo que soy una nube de pólvora y una muralla de tristeza ! Apenas diviso, con los ojos de la fantasía, desde el yunque donde trabajo sin cesar, la torre del ingenio de mis abuelos, símbolo de una generación virtuosa y pacífica que trae á mi memoria la leyenda según la cual los egipcios edificaron las pirámides para que sirvieran de sepulcros en donde esperar los muertos el regreso de sus almas...

Desapareció el antiguo ingenio, y con él la industria doméstica y el cándido trapiche. Vinieron, en vez de las almas

de los muertos, las calderas y las ruedas de la ingeniería moderna; el suelo trepida, de terror tal vez, bajo el férreo poder de la mecánica; enviamos al cielo, al más azul de los cielos, en lugar de bendiciones, negras bocanadas de humo; y los señores de ahora no duermen la siesta, ni reciben, por terrones de inculto azúcar, sacos repletos de onzas... Todo ha cambiado. Somos un pueblo enteramente distinto y, si se quiere, enteramente inferior. Cada cual piensa como le viene en gana.

El ingenio es ahora un paraje extraño, mixto de Infierno y Paraíso. La zafra, no es ya una fiesta humilde, sino un latido nacional. Los obreros, se dan el pisto de hombres de ciencia, mudos y cavilosos. Las máquinas gritan, en lugar de los capataces. Las locomotoras suplen á los bueyes. Un ruido sordo inunda el espacio y parece que llega al infinito. Y el orgullo, que se llama por mal nombre Progreso, se pavonea ufano contemplando el fasto de su obra...

Sin embargo, no podemos vivir sin za-

fra: su poder es omnímodo y su tiranía insoportable. No nos preocupamos de ella nunca, pero nos presta alientos para la existencia; no la amamos, pero en ella descansa nuestro andamiaje político y social; y equivale, en cierto modo, al aire que respiramos y á la lluvia que refresca á nuestra sana naturaleza. De sus hornos, recibimos el calor que necesitan nuestras almas, para las nuevas cosechas de hombres; y sus grandes masas de hierro y bronce, al estremecer la tierra, nos comunican la actividad que no heredamos de nuestros abuelos...

Pienso detenidamente en la zafra y comienzo á admirarla. El panorama cambia, á mis ojos, de color; la fiesta del trabajo me parece la más noble y la más digna, y seres vivos, de estupenda sabiduría, las máquinas que se mueven y que gritan con sus brutales gargantas de bronce; el sol brilla con más energía, iluminando los campos y convirtiendo en llamas las espigas; y las negras bocanadas de humo que salen de las torres, se convierten, al envolver el cielo, en nubes

plateadas que me envían, con alegres sonrisas, hálitos de una nueva vida... Mi corazón se inunda de esperanza... Pienso también en el amor y en la justicia, que se funden y toman nuevas formas en aquellas enormes calderas, y dejan en mi conciencia, al pasar, la sensación de un beso tibio y prolongado...

Regreso á la ciudad, como salí de ella, en las alas de la fantasía y me produce, mientras la veo aproximarse, el efecto de un abismo en donde la vida es una mancha... En las ramas del camino voy dejando olvidadas las impresiones de aquel mundo, en ruinas, de mis abuelos, y las de este otro mundo ufano de ciencia y de progreso... Y sólo diviso ya como sombras tenues, las viejas torres que aguardan, solitarias, en la espesura de los bosques, el regreso de las almas que se fueron para siempre...

II

DIVAGACIONES PSICO-ELECTORALES

Lector: si no has cumplido ya con el deber ineludible de votar, señalando en la gran boleta australiana los candidatos de tu agrado, no sigas leyéndome y dirígete al colegio electoral de tu barrio, en donde con grandes halagos te harán el amor, pasajero y mentiroso como casi todos los amores, infinidad de agentes al servicio de los partidos políticos. No hagas caso de sus melosas ofertas, ni de las breves y románticas apologías que oigas de los candidatos; no te dejes seducir de nombres pomposos, de pueriles y vulgarísimos anuncios, pegados á la pared, como los avisos de los teatros, con el busto del principal actor en tinta roja; ni te imagines, tampoco, que todo aquello que ves responde á una verdadera formalidad digna del acto elevado, trascendental y muy patriótico que se

realiza. Oye sólo la voz de tu conciencia, si la tienes, y juega al *sordo-mudo*, haciendo un poco el *tonto*. Hay veces que es preciso disfrazarse de *tonto*—créemelo—para no incurrir en delito. Previsto el caso por la ley—en este sentido ley muy sabia—las fiestas patrióticas de hoy van á la cola del carnaval, y aun se permiten los disfraces.

Pero ¿he de decirte yo lo que son elecciones? Es preciso vivir fuera de la realidad—como es uso decir—para no entender de estos achaques que constituyen el gran atractivo de nuestra existencia como nación. Se necesitan nuevos legisladores, y los elige el pueblo: formamos tú y yo, querido lector, parte del pueblo, y nos toca un tanto de responsabilidad en el asunto. La República conviene en que la mayoría elige sus representantes, y dentro de esa *mentira política*, tan admirablemente estudiada y analizada por Max Nordau, hemos de vivir conformes, á riesgo, si no, de que lluevan piedras sobre nuestras pobres y débiles cabezas... Acepta lo convenido y finge que ignoras

que los Representantes deben á muy exiguas minorías sus asendereadas actas, sin necesitar para nada de estas tres condiciones que se ponen en juego fraudulentamente: capacidad, popularidad, patriotismo. Las elecciones, desde el punto de vista filosófico, son un gran error, debido más que á la habilidad de los audaces, á la afición ingenua que los pueblos latinos sienten á los discursos gárrulos, pomposos, vanos y melífluos de los que tienen por oficio el muy divertido de apacentar los votos del pueblo; y sin someterse á estas duras prácticas de la política, no se llegará nunca á los puestos electivos. «Wiclef y Knox, Huss y Lutero, Arnoldio de Brescia y Savanarola—exclama Nordau—han ejercido, seguramente, una acción profunda en grandes masas de hombres; han excitado un odio violento al mismo tiempo que un amor apasionado. No obstante, creo que ni ellos, ni Rousseau, Gœthe, Kant ó Carlyle hubiesen jamás obtenido por sus propios recursos, sin apoyo de una comisión electoral, la investidura de diputado.»

Para el elector vulgar, para uno cualquiera que saquemos de la gran masa muda que decide de los problemas políticos al ejercer inconscientemente un derecho que *á conciencia* le concede la ley, el candidato es un gran misterio, un misterio casi divino. El no conoce al candidato, pero... ¿puede ser ese un obstáculo cuando apenas conoce á nadie? Oye decir que es buen patriota... y debe creerlo. El patriotismo es, después de todo, cosa bastante fácil, sobre todo cuando no es menester probarlo con la vida, sino con la palabra. A Dios se le forja á imagen y semejanza del hombre; á los candidatos se les forja á imagen y semejanza del pueblo. Y viviendo, como vivimos, en plena época de incredulidad y escepticismo, se cree más fácilmente en las bienaventuranzas que ofrecen en la tierra los candidatos, que en las que ofrece Dios en el cielo. Dios, al lado del candidato, aparece, pues, algo pequeño. En un instante de lucidez, que se borra muy pronto, el elector vulgar se siente perplejo y repite, intuitivamente, los viejos conceptos

de Xenófanes, aplicados á los candidatos: «Gran Dios! Por más que te queremos idear no podemos comprenderte, ni mucho menos describirte. Cada uno te atribuye diversos atributos: las aves dicen que vuelas por los aires, los toros que tienes cuernos temibles, los leones te conceden dientes desgarradores y los caballos que corres á galope por los campos.» Dios y el candidato se presentan á nuestra vista (á la mía no, á la del vulgo) con caracteres igualmente difusos; pueden tener, como emblema, uno mismo, el que Timeo de Locres, citado por Voltaire, representa por medio de esta idea: «Es un círculo cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia no está en ninguna».

La religión del sufragio, cuenta, sin embargo, sus devotos. Hay quien, en días como el de hoy, echa su humanidad al arroyo, y la pone á disposición de los garrotes, y hasta de los *tiritos* del enemigo. El no es candidato, ni va á obtener ventaja alguna con el triunfo de ninguno de los que lo son. Pero lleva su inútil y belicosa buena fe á una lucha estérilmen-

te heroica. Sus sacrificios no valen nada; no traspasa el heroísmo anónimo que alguna vez conmueve la lira del poeta; y si no se le han premiado, sus merecimientos, en la tierra, menos se le premiarán en el cielo. Yo creo que estos héroes, si después de muertos nos vamos con el espíritu á alguna parte, tienen en el Limbo su silla eterna.

De seguro, lector, que ardes en deseos de preguntarme si yo voto, esto es, si pienso votar ó he votado ya. Me adelanto á tus deseos y te informo, sincera, honrada y lealmente, de lo que hago y pienso hacer. Muy tempranito, antes de que caigan estas cuartillas en tus manos, me habré dirigido á la mesa electoral de mi distrito, y habré votado por mis amigos. Con motivo de cualquier indicación que me haga el primer agente que tropiece al páso, expreso mis teorías sobre las elecciones; pero no como á ti, lector indiscreto, te las digo, sino del revés, haciéndome el que come la castaña, muy tranquilo, camino de Babia... Si la ocasión se presta, pronuncio mi discursito retórico, in-

flado, despectivo para los del partido opuesto, y planteo mi problema burocrático en estos términos: «Quede sembrada, en los comicios de 1904, mi candidatura de 1906; preparad vuestros ganados de votos ¡oh pastores electorales! para la futura cosecha en que pienso entrar á partido; y admirad, desde ahora hasta entonces, el inmenso sacrificio de mi persona con que me he iniciado en la vida política.»

Me tendrás, desde hoy, lector, convertido en todo un orador de mitin, más constante que la gota de agua que erige las bellas estalactitas; más abundoso que los mares rizados de espumas que hinchan las olas; más enérgico que los rayos de Júpiter; más profundo que la infinita bóveda celeste. Mi palabra llenará el espacio, apagando, con el ruido de su retórica artillería, la gárrula desencajada, febril, rutilante, que atraviesa la obscura callejuela arrullada por una guitarra guajira... Mi palabra, tan sublime como la del mismo Demóstenes, convencerá más á los electores que la de cualquiera

de nuestros Cicerones de la última hornada... Llevaré, en la campaña, mi chacal Arnubis, para espantar al enemigo, y en mi voluntad el poder supremo de pintar á mi pueblo el arco iris de la victoria en el horizonte sonriente de su estéril y belicosa buena fe...

Pero, en el instante de sentarme en mi butaca de la Cámara de Representantes, vuelvo en mí, como si despertara de un sueño fantástico, ó regresara de un país misterioso, en donde la tierra tiene olas, como el mar, y los seres, á capricho, afectan la forma que les parece: quién viste de Moisés, quién de hiena...

¡Ah, ya recuerdo! Es que aún estamos en carnaval, y antes de llegar los electores del 28 de Febrero (1), han pasado delante de mí algunas comparsas de monigotes, que bailan africano al son de una música triste, soñolienta, que va dejando caer sus notas en la tierra y que al caer, suenan como si se quebrasen... Entre las sombras de la noche, más obscura en esta ocasión que de costumbre, veo

(1) Aludo á las elecciones del 28 de Febrero de 1904.

perderse las máscaras y los coloridos de los disfraces, y cuando ya no les veo, porque se ha tragado sus siluetas la noche lóbrega y cruel, llegan aún á mí, impulsadas por las sombras, aquellas notas musicales que se quebraban en la tierra, y vienen á clavarse en mi pensamiento, lentamente; y como si por arte de exaltación misteriosa, sus gritos chillones se tornaran en ritmos de la noche, me van pareciendo harmónicas, apasionadas, suaves...

Me detengo, asustado, á discurrir, y bien pronto hallo explicación de todo aquel enigma. Pobres y aladas esperanzas mías, que cruzáis por mi mente como alegres mariposas, que os he visto sin color y sin vida, pegadas á mi hoja de servicios patrióticos y políticos; más deleznable que nuestra vida es aún cuanto encierra el corazón más vigoroso; y aún así, torturáis mis horas de ocio con tímidas filosofías, para hacerme en las agonías del Carnaval, el más risible de los disfrazados... ¡Indigna venganza os tomáis de mí, porque fuí débil para conser-

varos la existencia!... Dejadme en la buhardilla á donde fuisteis á sorprenderme, para envenenar mi inteligencia...

El día amanece más alegre que mi corazón. Va resucitando dentro de mi sér, el espíritu que combatió triunfante á los azares de la existencia; y al fin me doy cuenta de la pregunta con que me despierta un fervoroso liberal que agita la aldaba de mi puerta:

—¿Todavía no ha votado usted?

Me preparo á votar por mis amigos y comienzo á reirme de las notas harmónicas, apasionadas, febriles, que me enviaban las pícaras sombras burlándose de mí...

III

¡UN CRIMEN!

NUESTRA sociedad es hondamente impresionable: los crímenes la estremecen y las modas extravagantes la vuelven loca. Presta una misma intensidad á sensaciones distintas; su espíritu gira, con violencia, obedeciendo á un mismo impulso, á un solo instinto, pasional aquí y trágico allá. La novela de folletín constituye, entre nuestra clase más elevada, una necesidad como el comer; y de ahí que muchos cerebros se nutran de lecturas hinchadas y malsanas. La política le interesa poco cuando nada ofrece digno del drama montepinesco; los ciudadanos Representantes pasan inadvertidos, y se les hace poco caso, si son actores medianejos de una comedia lánguida, aburrida, soñolienta.

¡Un crimen! ¡Cómo agita nuestra neurosis tropical un crimen! La escena

es rápida y violenta; la memoria la recuerda íntegra, con toda su luz, y á ratos la reproduce; el cerebro, jugando el papel de máquina fotográfica conserva, por algunos días, el sangriento negativo. Los periódicos son devorados por la multitud; se habla de la víctima como de una persona de la familia; se ensalzan su belleza y sus virtudes; y se llora, la horrible desgracia, usurpando inconscientemente, en el desenlace del drama, el lugar que corresponde á los dolientes. Un iris fúnebre descubren en el cielo todas las miradas; y dos colores hieren los nervios ópticos de la muchedumbre: el rojo de la sangre y el negro de la muerte.

En estos días, el asesinato de una niña, cometido por un hombre fiera, ha sido un vértigo. La indignación, tomando las formas del odio, agitó el sentimiento público; y las investigaciones de la prensa han sido pocas para saciar la sed inagotable de noticias experimentada por nuestro pueblo. El criminal fué objeto por parte de la muchedumbre de una manifestación nunca vista en Cuba, y la ley

de Lynch, convertida por un instante en terrible tentación de la vindicta pública, determinó al fin un estado de conciencia. La policía con grandes esfuerzos salvó, para la sentencia de los tribunales, al monstruo; y la multitud, poco satisfecha de su debilidad, rodeó la prisión del criminal rugiendo con rugido pavoroso. Una pobre mujer, enloquecida, histérica dirán los médicos, atravesó las calles gritando sin cesar: «Lo he visto, lo he visto. Sus ojos son ojos de pantera. Su mirada causa espanto y dolor. Quise arrancarle la vida y no pude!» Era de noche. La obscuridad y el silencio se tragaron sus palabras y la histérica desapareció en las tinieblas.

Un sabio casi anónimo, contemplando al criminal, hizo observaciones de orden psicológico, ligeramente ribeteadas de un suave lombrosismo:

—Vea usted esos ojos: una gota negra en un huevo rojo; su mirada es fija, como si el miedo, no el remordimiento, la paralizara. En el fondo de esa gota negra, sin expresión humana, diviso un átomo

de sangre, como si el recuerdo de su crimen manchara su retina; como si, al verse atado por la justicia, no pudiera ver otra cosa que sangre. Vea usted esa sonrisa de odio: ¡el odio tiene una sonrisa que da miedo, una sonrisa que amenaza, una sonrisa que casi es un juramento!...

El orador se inspiraba poco á poco y su oyente, que no tenía nada de filósofo, no lograba ver lo que iba indicándole aquel discurso á *sotto voce:*

—Yo no pongo en duda el acierto de la policía en este caso; y créame usted que, aunque no soy partidario de la pena de muerte, á ese hombre le daría garrote sin remordimientos de conciencia. A un asesino de esta clase, se le debe borrar de la humanidad, como se borra, en un escrito, una palabra equivocada. La antropología criminal, que es una maravilla, nos indica, previendo sus consecuencias, los errores de la naturaleza, los corazones que ésta pone en cuerpos humanos, olvidándose de que esos corazones los tiene ella para los tigres. Pero la humanidad es muy imbécil y no se cura jamás en sa-

lud: espera á que la hieran para defenderse del enemigo común...

Reflexionó un instante; convocó á un congreso mental la representación de todas sus lecturas; y de un caos de entendimiento, arrancó estas digresiones:

—Los hombres somos así: vivimos de sofismas, nos regodeamos con las más absurdas utopías y cerramos los ojos á la ciencia experimental, á la verdad antropológica. Si estuviéramos socialmente organizados por un criterio puramente científico y altruista, la criminalidad no tendría á su disposición tantas víctimas. Los criminales son degenerados, y de los degenerados, criminales ó no, es preciso cuidarse. Lombroso señala la calvicie como un signo importante de degeneración: la policía debe vigilar á todos los calvos, y en especial á los calvos jóvenes, á los calvos prematuros. Aquello que es anómalo en una raza, revela *aptitud* para la criminalidad. Un ruso lampiño, tiene que ser degenerado; una nariz aguileña, en un pueblo de narices chatas, gusta, cuando menos, del olor de sangre. ¡Ay,

amigo mío, y no quiera usted ver, en los días de su vida, una oreja en asa! Ese es un signo en el que coinciden todos los antropólogos. Si yo fuera autoridad para ello, examinaría las orejas de todos los ciudadanos: «aquí hay un criminal», diría cada vez que encontrara una oreja en asa; y le pondría á buen recaudo, para tranquilidad del vecindario. Dicen los sabios que casi todos los criminales tienen las orejas enormes; y ya usted ve que lo primero que en esta fiera del Vedado se observa, es la irregularidad de sus orejas, orejas tan extrañas que dan á su cabeza el aspecto de una taza... La mandíbula inferior de ese energúmeno, parece una cuchara envuelta en trapo negro; y los ojos, como puñales que asoman por la herida repugnante de una arruga de la piel, están diciendo: «yo he sido el asesino, yo he sido el asesino».

Cuando los últimos espectadores se retiraban del vivac, convertido en jaula por una noche, la aurora quería romper la tosca negrura del cielo; y una corriente de aire tibio, bañaba la imaginación de los

trasnochadores. Cada cual se dirigió á su cueva, á dar reposo al pensamiento y á la indignación. La filosofía había dado un paso, en el alma del pueblo, y un estímulo de terror impresionaba las almas perversas en quienes la degeneración va preparando el crimen de mañana. Los repórters de los periódicos, unidos por la molestia del oficio, comentaban el hecho en mitad del arroyo; y unos filosofaban en la embriaguez del sueño contenido, mientras otros convenían en que los días muy calurosos son los de más trabajo, porque aumenta la criminalidad.

Misterios de la naturaleza, que la escrupulosa observación del hombre va descubriendo... Cuando el desorden social se encrespa, y una ola de escepticismo inunda las almas, el corazón del pueblo se entumece, abatido por un cansancio moral perfectamente explicable; las conciencias chocan y el choque repercute al parecer en los degenerados. Por eso, el estremecimiento de un crimen sucede al dolor de una gran decepción; y no sería extravagancia señalar el hecho de que en las explosio-

nes de felicidad popular, el cuchillo del homicida permanece oculto. La alegría de una gran victoria espanta el crimen; y reaparece con las hondas tristezas de la realidad indómita.

IV

¡LEER! ¡LEER!

A NUESTROS conspicuos constituyentes se les olvidó, al redactar la Constitución, el siguiente artículo: «Todos los ciudadanos de esta República que hayan pasado de la edad escolar, dedicarán dos horas diarias, por lo menos, á leer. La policía urbana se encargará de hacer cumplir este sabio precepto.» Y no se crea que el peso de la Constitución en este extremo habría sólo de caer sobre la pereza intelectual de la clase trabajadora, ni sobre la holganza de los humildes: sus efectos tendrían que producirse, sobre todo, en la ignorantona clase media y en la atufada aristocracia y aun daría quebraderos de cabeza á los hombres de los poderes, á los baluartes de la política y á los más altos y empavesados gobernantes. Somos ¡oh dolor! una nación refractaria á la lectura.

No tiene Vd. más que visitar nuestras librerías y consumir un turno de charla con el dependiente principal. Cuando de una obra importante se venden seis ó siete ejemplares, se entiende que ha sido un éxito. Y el autor que es solicitado en las librerías una docena de veces, puede darse por satisfecho. Compran libros muy pocas personas y aun es muy probable que no los lean todas las que los pagan. Cuando Vd. habla de literatura con algún dómine que priva de sabio, y le pregunta por alguna obra, suele responderle: « La tengo ». Rara vez ocurre que conteste: « No la tengo, pero la he leído ». No es el fin principal del libro agazaparse en un estante. Hay que agazaparlo en el cerebro.

El maestro, para que se salve de este mortal pecado la juventud futura, debe hacer que en el espíritu del niño vaya despertándose la necesidad de la lectura; y para que el ejemplo valga debe comenzar por leer él. En Cienfuegos, cuando visité, con varios compañeros, la Escuela Central, ví un maestro que llevaba debajo

del brazo un tomo de Gustavo Le Bon en francés. Estreché su mano y le dije señalándole el libro: «Siga Vd. por ese camino». Sonrió humildemente. Creo que me comprendió. El problema desde luego es arduo. Enseñar á leer á quien no desea aprender: hacer que lea (después de aprender con gran trabajo) quien no tiene estímulo para leer, ni admiración por la lectura. Murmurando y contemplando el cielo encuentra el espíritu cubano recreo más seductor.

La falta de lectura se hace sentir por modo lamentable en todas las esferas de nuestra vida social. No quiero exigir de nadie el mal rato de ir á observar el fenómeno en los salones elegantes que describe á diario, en *El Mundo*, mi querido amigo *Florimel*. Diríjase, quien quiera comprobar mis afirmaciones, á la Cámara, en donde discurre la existencia, por las almas de nuestros Representantes, en dulce y sabrosa tranquilidad. Jamás se siente allí la influencia salvadora del estudio, de la meditación, del análisis. Viven, esos políticos idólatras

del Nirvana, en un mundo especial, en un mundo suyo, en un mundo aparte.

Enterados del guirigay político que sirven á sus parroquianos los grandes rotativos, como dicen en Madrid; pasados por alto los cablegramas que no traten de alguna barbaridad moscovita, y bebidas las informaciones de la crónica criminal, han satisfecho las necesidades de su amodorrada inteligencia. La patria—según ellos—no les pide más.

De ahí resulta que estamos lamentablemente atrasados; que nuestros políticos discuten como nuevos problemas resueltos ha largo rato por la civilización; que en punto á ideas y principios vivimos con muchos años de retardo. Nuestro adelanto, melancólicamente cantado por los gacetilleros más ilustres de la localidad, se manifiesta única y exclusivamente en el precio del azúcar, que se traduce por rareza en algo de urbanización, en un adarme de confort doméstico, en esos aerolitos que flotan sobre la tierra y que se llaman automóviles, y pare Vd. de contar. No niego que «ahí» haya «un

poco» de progreso; pero me parece muy subido como precio de que nuestros políticos no sepan definir la democracia, ni aplicarla á las leyes, ni siquiera interpretarla en sus discursos de escandalosa propaganda electoral. En esta época no es posible vivir fuera del comercio de la ciencia activa si se quiere ser persona medianamente culta. Hay que leer, hay que leer mucho. Y por mucho que se lea no se leerá bastante. Si algunos de nuestros hombres públicos, que sin faltarles inteligencia, viven en plena indigencia cerebral, asomaran la cabeza al movimiento de las ideas desde Madrid á Tokio, desde la tierra del Fuego á Montreal, desde un Polo á otro Polo, quedarían asombrados y llorarían á lágrima viva su abandono, su indiferencia, su torpe Nirvana. Y conste, para leal saber y entender, que hablo del tipo que integra la mayoría y esa mayoría, en la que hallo fuente copiosa de observación, me sirve para generalizar la censura por lo mismo que ella determina males para la patria que ojalá no lleguen á ser irremediables. La demo-

cracia política es un oriente fijo en el desarrollo de la humanidad; pero la democracia aplicada á los cerebros, es un pacto indigno con la estupidez. Varona en uno de sus más grandes discursos, pronunciado en la Universidad hace más de dos años, citaba al profesor Izoulet para afirmar con él que entregar la patria á los mediocres equivale á un suicidio. Y aquí nos estamos suicidando.

La falta de lectura hace á nuestros hombres públicos audaces con audacia frenética: todo lo tocan, todo lo atacan, todo lo hieren, sin capacidad para apreciar el grave daño que hacen. No quiero penetrar el sagrado recinto de la administración. En cualquier acto de nuestra «existencia» política puedo encontrar, para este capítulo, y sin ir al fondo de las ideas, el peligro de la ausencia de comunicación intelectual. Y á fin de que el lector, si me sigue, no se sienta fatigado, enumeraré, de prisa y corriendo, los efectos del «no leer» de los que debían leerlo todo. Y en-

tiéndase que no ofrezco una disección acabada.

Mal Gusto...	Deplorable forma oratoria. Ruina del lenguaje. Pésima educación social. Indiferencia de los sentimientos artísticos indispensables para la vida civilizada.
Falta de Criterio..	Echarlo todo á barato. Apreciación moral equívoca Rezago de ideas. Confusión de ideales. Ruina de Principios.
Audacia	Desorganización administrativa. Desconocimiento del régimen. Inaplicación de las leyes. Tergiversación de la Historia. Despilfarro del tesoro. Inestabilidad de los partidos. Indisciplina social.

La síntesis desgarradora, y á la que no podemos negarnos por amorosa benevolencia, la encontrará quien medite fríamente esas observaciones, que analizadas consumirían un libro, en las dos siguientes fórmulas fatales:

I.—*Aptitud para la tiranía.*

II.—*Ineptitud para el patriotismo.*

Vengan voluntades enérgicas; salgan de la obscuridad, en que se han sepultado, los pocos hombres que podrían imprimir nuevos rumbos á la República; y salven los maestros actuales, en el altar de la escuela, la juventud futura. En ella está cifrada toda nuestra esperanza en lo porvenir.

V

CUBA Y LA AMERICA ESPAÑOLA

¡Qué cosas tan estupendas y qué juicios tan absurdos se oyen y se leen durante las riñas políticas que no responden á ninguna sana aspiración!

Paso por alto—¡y ya es pasar!—á los políticos profesionales ó á los qué, poseídos de la dicha que ello produce, pretenden serlo; y juro, con la solemnidad que requiere el caso, no tener en cuenta, al escribir las presentes cuartillas, más que á los muchos individuos que ejercen la crítica doméstica, cabildean en la mesa del café, se corren por la redacción de algún periódico y publican, durante los repiques gordos, su comunicado patriótico en estilo declamatorio. Mal que nos pese—¡y venga Juan Manso á remediarlo si es valiente!—los patriotismos tienen por hoy muy poca influencia; y el público, sumido en un mar de confusiones,

bajo un cielo de plomiza desconfianza, no está para creer en el libro de los Macabeos, ni en el sueño de Nabucodonosor. El personalísimo interés, desarrollado con sublime intensidad; el toma y daca de los partidos; y las abolladuras y reveses que la ley ha soportado bajo la crueldad de todos los poderes, son motivos de sobra para que se escame y recele y hasta se aflija el más cándido y apacible de los patriotas. Unos se llaman á engaño y dejan salir de sus labios algunas paróbolas de Fonsdeviela, que era filósofo y mártir á la inversa; otros, remueven el caldo de la sangre y le echan la culpa á la muy sufrida y apabullada raza latina; y no falta quien, en apoyo de la teoría étnica, afirme que vamos tomando el perfil de las repúblicas de Hispano-América.

—Somos iguales—exclaman cerrando los puños como para pegar en la sombra de algún tirano:—¡ como gotas de agua !

Y sin poner reflexión ni estudio, en esta especie de inapelable sentencia, se imaginan descubrir un nuevo sol más

allá de los Andes. [1] No abundan entre nosotros los americanistas, aunque serlo nos interesa; y nos juzgamos suficientemente informados con leer, de Pascuas á San Juan, la noticia de haber estallado en el continente alguna indigna y demoledora guerra civil. Miramos á los Estados Unidos y á España, y maldito si nos preocupan los arduos problemas que, planteados en el Nuevo Mundo, darán al cabo la solución del progreso.

En Madrid, cuando el inolvidable don Juan Valera publicaba sus concienzudas y bondadosas *Cartas Americanas*, los hombres de letras creían que el famoso crítico inventaba los autores y las obras á quienes en dichas cartas aludía; y, salvo el tierno cuento de Jorge Isaacs, alguna página de Montalvo y un poco de Bello y de Olmedo, consideraban imposible que se produjera por las Américas cosa digna de elogio. En Cuba, no están las gentes mejor enteradas que en Madrid; y aun puedo afirmar que ni siquiera han

(1) Algunos de estos apuntes los hallará el lector repetidos en el capítulo sobre *Los Intelectuales*.

sido leídas, por nuestra clase media, las *Cartas Americanas* de don Juan Valera.

No nos parecemos nosotros en todo y por todo á los pueblos sudamericanos. Nuestra sangre no es la misma, ni son totalmente parecidas, á las de ellos, nuestras enfermedades psicológicas. No tenemos, con las naciones latinas del continente, comercio de ningún género que sirva para traernos sus epidemias y llevarles las nuestras. Nosotros no contamos sangre india; y en los pueblos del sur la sangre india es más abundante que la española. Nuestras raíces con el suelo son menos profundas que lo son las de nuestros hermanos de América. El clima y la tierra, el mar y el cielo, el sol y el horizonte, han elaborado en nuestro carácter instintivo diversas fases. No nos parecemos ni en las costumbres, ni en los gustos, ni en los ideales, ni en la fantasía, ni en la actividad intelectual. En unos puntos debemos envidiarles: en otros deben ellos envidiarnos á nosotros. Pero no tenemos delante un mismo peligro, ni nos atormentan unos mis-

mos defectos. Somos hermanos de muy distintas madres...

Piense el lector en un siglo de independencia prematura, con tremendas conmociones, con el *statu quo* de la civilización durante algunos lustros de fanatismo y tiranía doméstica, y se dará cuenta de las ventajas que les llevamos en el orden material: en el moral, seamos francos, la ventaja está de parte de ellos. El ejercicio de ciertos derechos, aun cuando se ejerciten mal, va formando el carácter, la personalidad. Entre sangre, y en medio de horribles descalabros, se van extendiendo las raíces de un patriotismo que no conocemos nosotros; se forma el bloque inmenso de espíritu, de intereses, de aspiraciones, de costumbres, que no lo disuelven ni lo disgregan, ni lo rompen, las naciones conquistadoras. El peligro de Cuba no consiste en que puedan conquistarla; el peligro fundamental estriba en que el cubano, sin haber constitudo aquel bloque, y poniéndose á distancia de constituirlo, es conquistable.

Mientras las instituciones republicanas han sufrido en la América toda suerte de desventuras, se ha ido estimulando en ella cierto orden de actividad intelectual, más sólida, más valiosa que la nuestra, por cuanto es producto único y exclusivo de su propia evolución. Argentina, Chile, Uruguay, Perú, Ecuador, México, son naciones salvadas unas, otras en vísperas de salvarse; han salido, por su esfuerzo, del caos que ellas mismas se crearon; y tienen un adelanto intelectual de más importancia y de muchísimo más porvenir que el nuestro. Nosotros vivimos una existencia ficticia en punto á lo intelectual, decadente en lo que respecta á lo moral, desastrosa en lo político. En el círculo de acción que nuestra dependencia nos consiente, cometemos todo género de errores, porque sabemos que no son suficientes para provocar, de la noche á la mañana, la muerte de la República. Y en vez de notarse una generosa corriente de progreso real; en vez de advertirse un estímulo enérgico para todo aquello que tienda á nuestro engrande-

cimiento, nos encontramos empequeñecidos, anémicos, temblorosos, sin valor para afiontar nuestros problemas del espíritu, sacando á cada instante nuevos defectos y deplorables tendencias, que llenan de escepticismo la atmósfera en que la nación alimenta sus pulmones.

La independencia de los pueblos no está en el fusil de los soldados sino en el espíritu de los ciudadanos. Y ese espíritu, que nosotros desconocemos y que cada día damos prueba de conocerlo menos, es, por ejemplo, efectivo en Colombia, inconmovible en Venezuela. Los malos gobiernos y las revoluciones pueden desterrar la libertad que soñó Bolívar; pueden mantener en la ignorancia á las clases bajas; pueden hacer retroceder un siglo de civilización á la industria, al comercio, á la ciencia; pero es indudable que de sus propias conmociones, de sus propios descalabros, van levantándose como si tocaran, de repente, la hora de marchar al progreso. Colombia se recoge, enjuga sus lágrimas, restaña la sangre de sus heridas y se incorpora, dispuesta

á nueva y más venturosa existencia, después del tremendo golpe de Panamá. Perú, va lejos de los escombros de la guerra del Pacífico. Tienen caminos marcados, sendas seguras, indudables. Y hacen buena la teoría de Roosevelt que declara más saludable el mal gobierno propio que la buena administración de la colonia.

Nosotros creemos que nuestra fecundidad en hombres intelectuales, es cosa que pasma; pero hanse dado tal maña los que dirigen las cosas públicas, que esa intelectualidad no está en ninguna parte representada y no juega cartas en los poderes. Y por mucho que sea cierto que en nuestro país se postergue á los hombres de mérito y se dé vuelos al audaz y al ignorante, no deja de ser en extremo significativo y hasta elocuente que esa poderosa fuerza intelectual no haya resistido á esos ataques y postergaciones; que no logre manifertarse en la actividad del Estado, con su decisiva excelencia; que viva fuera del bloque nacional, dispuesta á celebrar los funerales de la Re-

pública, si ésta muere, y sin que ello afecte ni perturbe su nómada condición...

Y pensando estas quisicosas y otras mil que se me ocurren, y en las que cada vez que tengo oportunidad me ocupo, como resabio de estudios favoritos, llego á sentir un inmenso desconsuelo; y casi me convenzo de que fué necesario, imprescindible, para constituir la Argentina entrar por la puerta de Rozas el tirano... ir á la revolución, derramar la sangre en las Pampas y vencer, no del extranjero, sino del defecto propio, del enemigo doméstico.

Y cuando oigo lamentarse, á algunos ciudadanos de buena fe, de nuestro parecido latino con aquellos lejanos pueblos, sólo siento que no sea cierta semejante *desgracia* y que no podamos manejar á nuestro antojo la fragua en donde se forja el ciudadano futuro...

¡Ay, de los pueblos que se forman y se modifican y evolucionan con el solo influjo de los comunicados que redactan, en estilo declamatorio, los patriotas de buena fe!...

VI

LA SENSATEZ INSENSATA

Les tengo mucho miedo á nuestros hombres *sensatos*. Prefiero á los que gozan fama de alocados, espontáneos, impulsivos... La sensatez, que según el diccionario es cordura, buen juicio, prudencia, no se adquiere por un simple capricho de la voluntad; ni por una contracción del carácter. Hay personas que son *sensatas* aunque hayan vivido entre idiotas; y las hay que jamás dan en el clavo de la cordura, buen juicio y prudencia, aunque hayan sido educadas por modelos completos de ese tipo intelectual de nuestra especie. Tampoco es la sensatez signo de talento ni síntoma de bondad; aunque, bien visto, los sensatos son, al cabo, gente poseedora de un feliz espíritu de justicia y la justicia requiere el equilibrio exacto de la inteligencia y la bondad, del cerebro y el corazón.

San Gregorio Nacianceno debió dar pruebas estupendas de bondad; pero ¿las dió de hombre justo? Siendo bueno pero inepto para la justicia ¿pudo ser un sensato? La respuesta la daría con sólo apuntar que llenó de improperios á Juliano el *filósofo*, asegurando que éste mantenía con el diablo secreto convenio y refiriendo, en el vértigo de la calumnia supersticiosa, que cierto día se le aparecieron los demonios echando chispas y que los hizo huir haciendo inadvertidamente la señal de la cruz.

La insensatez se extiende en nuestro campo intelectual con suma facilidad. No encuentra diques, ni en la crítica serena y juiciosa, ni en la educación, que es la llamada á moderar nuestros defectos de raza. Y, á veces, cuando las excitaciones de la política ó los errores de la administración, ponen en juego nuestras facultades de jueces, que de juez voluntario ejerce cada uno de los componentes de la opinión pública, así llamada, se advierte que por lo general nos vamos con el pensamiento por los cerros

de Ubeda, que no logramos sostener una posición fija, con todas sus consecuencias. Y es cosa de reir si se analiza y de llorar si se sigue analizando.

En muchos de los textos adoptados para la enseñanza de nuestros niños, se tropieza con las huellas de esa insensatez, que con permiso del lector llamaré étnica. No me refiero, por supuesto, á aquellas materias que han sido vilmente copiadas de libros extranjeros: mis tiros van directos contra aquellos asuntos que tratan nuestros autores por su propia iniciativa. Mas, como tales obras de enseñanza carecen de eficacia pedagógica, no corremos el riesgo de que produzcan en el cerebro de nuestros niños el efecto correspondiente á sus enseñanzas. Y válganos que siempre es preferible á un pueblo de locos un pueblo de ignorantes, sobre todo cuando se piensa que con un poco de buena voluntad lo segundo es, al revés de lo primero, susceptible de enmienda.

Decía yo que me inspiraban serio temor nuestros hombres *sensatos*, esto es, los que se precian de espejos de cordura,

buen juicio y prudencia. A primera vista parece que hay en ello una grave contradicción; pero cuando penetramos al fondo de aquellas palabras, las encontramos lógicas y consecuentes. En donde la indisciplina parece hallar campo fértil en todos los órdenes, la cordura se escapa, el buen juicio padece y la prudencia se entrega á los brazos de fuego de Satanás. Indisciplina social, corresponde á indisciplina política, á indisciplina administrativa, á indisciplina artística, á indisciplina pedagógica. De esa misma suerte, la dictadura política da forma dictatorial á todas las instituciones, públicas y privadas. Y el estado revolucionario permanente revoluciona desde arriba, desde las esferas del gobierno, hasta abajo, hasta lo íntimo del hogar. Y esto no se observa sólo en nuestros pueblos, con su más ó menos exacta confabulación étnica hispano-indígeno-africana, sino también en la historia de los más adelantados, más firmes en sus costumbres y tradiciones, más enérgicos en el sostenimiento de su fisonomía de raza y

de su enseña civilizadora: en las razas fuertes lo mismo que en las débiles.

La indisciplina es, en mi sentir, una consecuencia de la falta de preparación para ciertos ejercicios de la libertad; falta de horizonte en el poder de nuestros destinos; ausencia de principios para organizar todo lo que está, en nuestro país, por organizarse. Así lo vemos en todas nuestras manifestaciones de orden social y político. Vamos por un camino estrecho y bajo un cielo gris. Y en el fondo de nuestras conciencias nos preguntamos: ¿á dónde debemos salir por esta senda?, sin que logremos satisfacer la curiosidad, que así puede llamarse nuestro instinto de conservación colectiva. Por esa misma razón no creo equivocarme cuando digo que á nosotros nos ha faltado en el seno de nuestras aspiraciones *parciales* una aspiración capital: no somos una sociedad que lucha por una conquista noble, sino que, al contrario, esperamos esa noble conquista como llovida del cielo. Del cielo nos llovieron revolucionarios incompletos en el orden de las

ideas; del cielo nos llovieron interventores; del cielo nos llovió la República. Y no es que en nuestro fuero interno repugnáramos esas grandes y fundamentales reformas del Estado, sino que esas reformas políticas necesitaban desarrollarse en el lienzo de la reforma social; y requerían, en uno y otro sentido, un punto de mira al cual debían converger las miradas de nuestros mentores. Cuando se aplicaba nuestra actividad á la reforma autonómica, teníamos el convencimiento de que era imposible lograrla. Y vino la revolución, que nos enseñaba á pelear y á morir, pero que no contaba con vencer. Llegó de sorpresa la intervención y cuando casi teníamos descontada la República aparecióse ésta de un modo inesperado. De sorpresa en sorpresa, han concluido al fin por atrofiarse nuestros sentidos; y la mayoría no ve nada tras la cortina luminosa de nuestra actividad social y política.

No somos colectivamente incapaces de progresar, ni nos cerramos á la entrada de la civilización, ni nos es repulsiva la

libertad sistemática que se nos dió. Pero hemos arribado á las faldas de la montaña sagrada, sin pensarlo, y ahora no sabe nuestra clase directora cómo desenvolverse. La realidad es, para mi entendimiento, poco expresiva; y no nos ha quedado, de lo que fuimos, ninguna fábula generosa en que apoyar nuestro corazón, ni la del ángel encantado, que probablemente nos trajo nuestro risueño oriflama. Y nos alimentamos de errores y de prejuicios. Y ante el prejuicio no hay sensatez posible.

Ahora, no es cosa que pueda ponerse en duda que existe en nuestra sociedad una clase que pretende ser sensata y que con sólo pretender semejante ventura se descarrila y aparece á mis ojos como digna de ser temida. Nuestro sensato característico se esfuerza por ser prudente, y la prudencia en él es inactividad, parálisis, negación; clausura las ventanas que dan al mundo de las ideas y respira en una atmósfera viciada dentro de su recinto de tinieblas. Lea, quien guste de ponerse al corriente de la moderna psico-

fisiología, á Wundt y comprenderá el acierto con que se equiparan hoy la inactividad y el dolor. Y el dolor en la cámara obscura de nuestra sensatez ficticia produce el error é inspira miedo.

Porque de la inmoderada prudencia en el orden intelectual se cae en una especie de prudencia *física* que nos lleva á la ruina en sentido moral. Y no se trata de ideas, sino de procedimientos. No se discute lo porvenir sino lo presente. No se ama: se teme. Y en vez de la satisfacción de llenar sabiamente los deberes más altos, se experimenta el dolor de no conocerlos.

La vulgaridad se impone, seduce, galvaniza los cerebros y se hace despótica. Y el sensato nuestro al fin remeda, aunque es inferior, al *filisteo* alemán, «burgués sentencioso—escribe Nordau—cuyo tipo ha inmortalizado en Francia Henri Mounier bajo el nombre de *Mr. Joseph Prudhome*». Odia al analista, le parece imprudente la verdad franca y honrada, cree que no debe tocarse todo lo que no pasa de ser en nuestra vida política y

social puramente decorativo. Los estudios del hombre sólidamente reflexivo y progresista le indignan. Y así alienta con movimientos de su vana cabeza toda tendencia á detener la marcha de las cosas. Nada de leyes nuevas, nada de civilización pedagógica, nada de mejora escolar, nada de nuevos sistemas de enseñanza ni de nuevos ritos administrativos.

Y mal que nos pese, esos hombres suelen ser aceptados como buenos en nuestro mundo intelectual y gozan prestigio de lo que no son, de *sensatos*, y miran con desdén á los que, á sus ojos, son el vértigo, el desequilibrio y la muerte...

Y á pesar de ellos y contra ellos tiene que erguirse una juventud de amplio horizonte, curada del pánico de las ideas, firme en su paso por la existencia, apta para ejercer una libertad más nóble que la libertad que nos conceden, sin conciencia jurídica, nuestros mediocres legisladores.

VII

¡OH, LA PRENSA!

Los periodistas nos hemos reunido para constituir la Asociación de la Prensa. Una imperiosa y urgente necesidad de protegernos recíprocamente, nos ha estrechado, poniendo en contacto á los que la pública opinión (y demos por cierto que existe opinión pública) considera separados por odios ó rencores profundísimos. La idea, mil veces intentada y fracasada, de asociarnos, surgió, esta vez, oportunamente, llegó en buena hora; y hemos procedido con tal diligencia, tacto, discreción y confraternidad, que algunos descreídos, medio ateos y medio revolucionarios, no salimos de nuestro asombro. Las juntas efectuadas, son ejemplo hermoso y sonriente de una plácida cordialidad, sin menoscabo, ni con mucho, del papel que á algunos nos toca en suerte, de hombres serios, refle-

xivos, mesurados y trascendentales. Y, para que estas condiciones esenciales de nuestro mérito y valía en la prensa no sean objeto de duda, algunos compañeros nos pusimos de acuerdo con los *chicos del reportaje* para que, de vez en cuando, primero á uno, después á otro, nos hicieran esta interesante é importantísima pregunta: «¿En qué piensa usted, colega?

—En el artículo de fondo que he de escribir para mañana»—es la respuesta previamente convenida.

Los periodistas unidos, constituyendo una fuerza social, para que pese en donde convenga pesar, pueden ser todo lo que hoy no son, y pueden trabajar en provecho propio todo lo que, hasta hoy, han trabajado en provecho ajeno.

De todos los oficios de la inteligencia, el menos remunerado, el más desolador, es el de periodista. ¡Pobre periodista que vive para entretener al público, para encumbrar al político, para halagar la encrespada vanidad burguesa! Por el bufete en que trabaja, desfilan todas las tristezas, todas las miserias, todas las

falsedades humanas; aprende, sin quererlo, á despreciar muchas cosas que aún estima el vulgo; penetra, hasta el fondo, el alma de su pueblo; y sabe y calla mil verdades que decirlas le costaría tal vez la vida. Su existencia se reduce á verlo, á juzgarlo, á hincharlo todo, sin poseer nada. El olvido y la ingratitud le persiguen sin piedad; y se muere sin el consuelo de confesarse con sus lectores, sin decirles: «Las formas sociales, el buen parecer humano, la amistad, todo eso que convierte al hombre en un amasijo de hipérboles contradictorias, me han privado de expresarte la verdad. La vida, es una gran mentira; y sólo es cierta cuando se vive después de muerto.» ¡Le matarían en el acto, si á renglón seguido de este exordio, refiriese todos los crímenes que ha visto, todas las llagas del corazón que ha pinchado! La humanidad es colectivamente débil y no sufre á quien desnuda los ídolos para que no se engañen los idólatras. Ella prefiere continuar la comparsa de la vida, con los símbolos, erguidos, de su

asco á la justicia y de su odio á la verdad.

El periodista, en Cuba, ha sido y es un gran batallador, y la prensa, acaso el único poder perdurable. La prensa ha vivido á través de todas las evoluciones y revoluciones, y ha sido el principal, el más eminente factor de ellas. Porque es cosa que no ofrece duda. Sin prensa, ni ideas, ni ideales que trasciendan, ni revoluciones que prosperen, ni propagandas que se realicen. Pero, en la hora de las grandes conquistas, la prensa no sale de su amplia casilla y cumple el deber hermoso de dignificarlas y hermosearlas. La patria se ufana, enterándose, por ella, de cosas estupendas que ignora; y se visten de lujosas y ricas prendas muchos que no las merecen.

Cumple su misión á maravilla el periodista, sirviendo de broche á todas las fuerzas sociales dispersas, atrayendo á los que tienen impulsos contrarios; pero no ha sabido amarse, no ha sabido soldar sus esfuerzos á los del compañero que lucha con obstáculos semejantes, que vive

dentro de la misma tempestad de pasiones y falsías. El político y el gobernante son la muralla que separa á los periodistas entre sí, y por aquellos, que generalmente son estériles á las nobles y elevadas iniciativas del patriotismo, rompe lanzas no con quien le daña ó le explota, sino con su colega, con el que lleva una vida igual á la suya, perseguidos ambos por el olvido y la ingratitud.

En los grandes pueblos latinos (yo soy de los que se preocupan de la raza) los periodistas van fortaleciéndose, y para ello no tienen medio más expedito que el de la unión, siguiéndose casi por las reglas y teorías de las confederaciones de obreros. ¡Obreros y no otra cosa somos los periodistas! Las Asociaciones de la Prensa, en América y en España, llegarán á constituir una verdadera fuerza de resistencia contra los desafueros de la política, contra las veleidades de los poderes, contra las evoluciones sociales que impulsan la ignorancia, el vicio ó la deslealtad de los ambiciosos. En Cuba, más que en ninguno de nuestros parien-

tes de España y América, la Prensa al asociarse llena una necesidad y tiende á cumplir una santa misión. La Prensa cubana, tan superior en su nivel intelectual á los políticos y en su nivel moral á la sociedad para quien se escribe, no sólo mantiene firme un ideal cuya extinción sería nuestra muerte, sino que evita la acción de las tendencias absorbentes del extranjero sobre nuestra conciencia, y sostiene el idioma, el idioma que hablamos hoy y debemos hablar siempre. Sin la prensa, ya no se hablaría en Cuba el castellano; el inglés sería nuestra lengua, más ó menos impura, según las capas sociales, medidas por el termómetro de la cultura.

Pensando así, y discurriendo de tal suerte, los periodistas que recogemos de la vida con las únicas flores que siembran nuestro camino todas las decepciones y todas las amarguras, sentimos una íntima satisfacción, una salud moral tan profunda, que borra ella, con su haz de luz, las negruras del horizonte. «El dios-palabra—ha dicho Michelet—sobrevive

á todos los dioses» y la prensa, que es altar sagrado del dios-palabra, sobrevive á todos los cambios, á todas las catástrofes. Ella es grande, porque dirige á los hombres, y restablece á toda hora la única divinidad reconocida: la divinidad Razón...

La prensa, campo tan fecundo de obras portentosas, se compone de héroes anónimos, que aislados viven y que solos mueren. La existencia ha sido para ellos un panorama de tentaciones que siembran su alma de ansias irrealizables. A sus ojos el sol blanquea y pierde su color; el árbol se seca, como rígido se torna el corazón; y va poco á poco rindiéndose á la evidencia de su desventura. Sus bríos, los sepulta en el olvido, la actualidad que pasa como una corriente de aire tibio y dulce: su labor personal la extingue la noche...

En estos tiempos de grandes reformas colectivas, hemos llegado los periodistas á convencernos de que nuestra unión es una necesidad social, de que, cuando los periodistas sean hermanos, enlazados por

el vínculo santo del destino, su acción será más poderosa, y la justicia individual más probable. La sociedad, su corazón, sus principios seculares llegan á nosotros gastados, débiles, enfermos. Y es preciso orientar la vida por distinto rumbo, buscar fuerzas nuevas, músculos robustos, del organismo social, que no se habían puesto á prueba. La vieja sangre hererada necesita venas fuertes y arterias enérgicas donde renovarse. Todo lo que el tiempo y los vicios y los desalientos de los hombres han convertido en ruinas, resurgirá, al fin, más alto, más poderoso; sus cimientos, de una materia prima superior, le harán perdurar y resistir, y nuevos hombres, mejores que nosotros, pero sin duda hijos de nuestra sangre, reformados por nuestra primera iniciativa, pasarán sonrientes y victoriosos ante la blanca tumba de las preocupaciones y los errores funestos del pasado: la leyenda que envilece, ardiendo y muerta su guardia de leones—los fieros leones de Cibeles, que rugen en la lira de los clásicos.

VIII

EL PERIODICO Y EL MITIN

REALIZAN, á mi leal entender, obra patriótica, y muy digna de aplauso, los escritores que protestan de cierto lenguaje empleado por tales ó cuales periódicos de batalla en sus polémicas. Es cosa del peor gusto, hacerse de un vocabulario procaz para alcanzar el poder; y se incurre, adoptándole, en el grave pecado de contaminar al respetable y zarandeadísimo público. A las gentes más ó menos incultas, de los barrios apartados, les enamora la gramática gruesa; encuentran en ella la tosquedad de su cerebro; y les entusiasma sobremanera coincidir con la letra de molde. Pero la prensa, aunque tenga en cuenta las aficiones del lector, desempeña un papel muy noble para darle por el gusto de las destemplanzas; y lejos de aprender con los vecinos de esos barrios, por *muy elec-*

torales que sean, está en la obligación encantadora de enseñarles á resolver las cosas políticas por medios levantados y, sobre todo, civilizados. Se puede tener valor personal suficiente para sostener un ataque enérgico; pero se debe tener también educación bastante para no manchar las columnas de un periódico de patriotas con injustas y reprobables injurias.

Confesemos, que no es en nuestro medio en donde más se gasta esa procacidad política; y, aun, extendiendo sin miedo el radio de nuestras confesiones sinceras, declaremos que los franceses y los mismos yanquis, en sus luchas electorales, hacen sonar, más que nosotros, las campanas mayores de la calumnia y del insulto. Por muy lejos que se hayan ido algunos de nuestros periodistas, nunca obtendrían un *score* comparable al de algunos periodistas de París y Nueva York, que surgen á la palestra en tiempos de elecciones. He leído contra Mr. Cleveland un artículo en el que sólo faltaban algunos delitos, por cargar en su

cuenta de gobierno, para que fuera una especie de reverso del Código... Se supo, de buena tinta, que el pacífico Grover no quería ni pretendía meterse en reelecciones de once varas, y leí en el mismo periódico unas líneas parecidas á éstas: «Mr. Cleveland es un *gentleman* completo; un benemérito de la patria; un altar de las leyes; un templo de excelsas virtudes...» Mr. Cleveland, reducido á un simple Mr. Grover, ciudadano-particularísimo, dejaba de ser forro del Código para convertirse en Catedral del patriotismo. Esa es la política en todas partes.

Y, aun se ha dado el caso de que algunos periódicos, terminadas las elecciones, han devuelto á sus enemigos el buen crédito en que antes de la campaña vivían. «El candidato derrotado de quien dijimos que era un ladrón, es el más puro y sano y honrado de los hombres. Las veces que ha sido poder, ha salido de las arcas pobre y mordido por los agiotistas. Los intereses de partido que nos obligaron á imputarle defectos y manchas que jamás tuvo, requieren esta reivindicación cum-

plida, no para honor de la víctima, sino para honra de los victimarios». La paz vuelve á reinar en Varsovia. Y los pastores electorales se retiran hasta la hora de regresar al bosque en donde alientan y se mantienen sus rebaños.

Entre nosotros, el mal consiste en que el odio no se hace cuestión de partido, sino cuestión personal; en que el insulto no se recoge, se remacha; en que la calumnia cuando surge se procura que quede en pie, que se extienda y que perdure; y los políticos, despojados de toda idea de justicia, se dejan atribular por un ciego fanatismo de ambición, más temible que el abismo, más aterrador que la muerte. El ánimo no descansa nunca. Van siempre los rencores en aumento. Y se vive, como antes he dicho, en constante período electoral, unas veces porque las elecciones están próximas y otras porque no lo están: en la cuaresma y fuera de la cuaresma. La política no es ya un deber, cumplido por el ciudadano con más ó menos indiscreción, sino una fiebre perpetua que cocina la conciencia, ó una lepra que

reduce á desoladores despojos la parte moral del individuo. Y si de esa fiebre y de esa lepra es el síntoma peor la prensa, bueno es combatirla, á fin de que modere su lenguaje y no soliviante los ánimos, de por sí exasperados; pero téngase en cuenta siempre que detrás de la prensa están la sociedad por ella representada y los hombres en ella enaltecidos. El problema, pues, resulta más hondo, menos sencillo de lo que á la simple vista parece.

El fanatismo político ha sido en América una maldición; pero los maldecidos no han sido los periodistas: los periodistas han sido tan sólo las víctimas. Lo abominable no está nunca en la máquina que por leyes fatales produce el mal. No se concibe una prensa escrupulosa, discreta, comedida, fiel á su bienaventurado destino en los pueblos, cuando el medio social es refractario á todo eso y el alma de los hombres que la utilizan está enconada y aspira siempre á una venganza y á un derrumbe.

Sin embargo, la prensa cubana no expresa todo lo que la política es; no reco-

ge ni da forma ni fortifica todo lo que produce el corazón, sin piedad, de los que manejan los partidos y los centros burocráticos. Al acercarse las elecciones, la prensa, con rareza de algún periódico que rompe esta hermosa costumbre, va mirándose más en sus juicios y no da al país, en escandalosa prosa, todo lo que quisieran los políticos, caso singular, por cierto, y que corresponde á las muchas anomalías de que vivimos—aunque bien podemos aplaudirlas, cuando siquiera se parecen á la presente. El periodista resulta superior al político; se mide más y respeta con mayor respeto al país, á la patria á quien se debe.

Comparemos un mitin de propaganda con un periódico de circulación; veremos que el primero es perturbador, sedicioso, inculto, por lo general; el segundo, cuando menos, es inofensivo. El fanatismo político del orador de oficio, tiene una forma inquieta, es un fanatismo quebradizo, si se quiere inseguro; pero es fanatismo siempre, sombrío y cruel, supersticioso y colérico. El periodista no llega á ser po-

lítico fanático entre nosotros; lucha contra una sociedad enferma que no lee; y se va desmayando poco á poco; tira á escéptico, y escéptico produce menos daño á sus contemporáneos que fanático.

Debe desterrarse de la prensa cierto lenguaje procaz que perjudica á su causa. Pero, hay que combatir al político implacable é insaciable, fanático, sombrío, cruel, que desde bastidores alienta la procacidad y que á veces funda y escribe periódicos con el fin despreciable de llenar sus columnas con lodo. He ahí el problema.

IX

LOS INTELECTUALES

MIENTRAS la política tiende, cada día con más empeño, á inutilizar á los pocos elementos intelectuales del país, éstos van sumando, á sus muchas obligaciones morales, deberes del más esencial y puro patriotismo. Por lo mismo que se trata de hombres de indiscutible superioridad, dentro de lo relativo; por lo mismo que se trata de individuos que poseen el don de mirar más allá de las tempestades del presente; por lo mismo que se trata de ciudadanos capaces de vencer los peligros futuros y de indicar á los demás los caminos que conducen á la libertad y al progreso, no pueden contentarse con el papel de postergados; no pueden convertirse, por pereza, en tristes víctimas; no pueden consentir que, por un defecto lamentable de selección, existiendo hombres capaces de salvar la Re-

pública, ésta se deshaga en girones y en harapos á manos de los mediocres. La historia, que no ha de tratarnos con la benevolencia hipócrita que en nuestros días reina; la historia, que no guarda, como nuestros críticos domésticos, las funestas consideraciones de la familia y el compadrazgo; la historia, que no echará á barato, como nuestros actuales gobernantes, los problemas capitales del régimen político, de la estabilidad económica y de la disciplina social, habrá de buscar responsabilidades, y las hallará abundantes, ó por mejor decir, copiosas, no sólo en los que asumieron sin capacidad para ello la dirección de la patria, sino en los que pudiendo salvarla con reclamar la jefatura que les correspondía por su inteligencia y por sus aptitudes intelectuales y morales, hiciéronse á un lado en los primeros reveses de la fortuna, y contemplaron desde bastidores, y casi á título de meros curiosos, las cruentas luchas de la concupiscencia, del odio y de la audacia.

En esta época de análisis, se cometen

grandes errores al penetrar en el espíritu de raza, y se achacan á ella males que no son peculiares de su idiosincrasia. Lo que aquí nos ocurre se dice que es enfermedad exclusivamente latina; se nos pone como ejemplo palpitante el estremecimiento revolucionario en que han vivido hasta hoy algunas repúblicas de origen español; y se nos juzga como gemelos de esos países desdichados y revoltosos. Pero el error es grave y es fundamental. De las virtudes *latinas*—permítaseme llamarlas así, para exponer claramente mis ideas—poseemos unas y otras no; y nuestros defectos no son todos propios de la sangre que corre por nuestras venas, sino producto del clima, efervescencias de un carácter psicológico muy condicional. Carecemos de cierta energía de espíritu que encontramos exagerada en algunos españoles, en muchos argentinos, en no pocos peruanos; pecamos de maliciosos hasta chocar en el escepticismo; y nuestro escepticismo al extenderse por el medio social y convertirse en una sombra inmensa, enerva facultades indispensables

para la vida pública y para la gobernación del Estado. Nuestra actualidad política es un vigoroso ejemplo de este apunte que tomo, casi al azar, de los muchos que abundan en mi cartera.

Tan pronto como fuimos dueños de nuestro suelo, y árbitros de nuestros destinos—hasta el punto extremo de la ley Platt—nos *descuajamos* moralmente; no nos dimos el estímulo mutuo para crecer y desarrollarnos de una manera adecuada á nuestras fuerzas y conveniente á nuestro porvenir político. Salimos de un drama de intensa complejidad, y formamos en seguida una comedia fácil, en la que todos los papeles fueran sencillos, en la que, para cada actitud medio dramática ó medio cómica, no fueran esenciales las aptitudes del actor político, y paso á paso, y después á carrera loca, nos dirigimos á la ficción, abismo de tinieblas que no alcanzamos ahora á descubrir si es un mundo extraño de regeneración social, á mi ver imposible, ó la fosa abierta de un cadáver á quien, sin conciencia de ello, damos profana sepultura.

En vez de constituir una patria fuerte, nos hemos entretenido en jugar á las instituciones; y de ese juego se han servido los ineptos y los audaces. Los elementos intelectuales, disgregados, acobardados, prematuramente rendidos, cedieron el campo á los que, sin derecho, lo reclamaron como prebenda. Y desde ese momento no se hizo nada serio, nada formal, nada de trascendencia beneficiosa y patriótica. La intervención había organizado una escuela defectuosa, pero escuela al fin. La República no enmendó sus defectos, pero en cambio convirtió la escuela en simple colegio electoral, y en vez de enseñar los elementos de la vida á los niños, y educar, en la senda del bien, á los hombres de mañana, aprendieron los maestros á fingir parcialidad política y no concibieron otro medio de mantener la burocracia de las aulas que vendiendo su voto y sacrificando su libertad de pensamiento y su integridad de ciudadanos.

Las alas de la ficción alzaron su vuelo cada vez por más altas y peligrosas regiones. El concepto de la verdad se ex-

tinguió como un copo de nieve sobre la pluma de un penacho militar. El concepto de la justicia se confundió con la legislación primitiva de que escribía Littré, en la que la muerte de un hombre apenas costaba un puñado de oro en beneficio de los dolientes. Y todo esto, sujeto á un programa político de personalísimo egoísmo, se viste con la ropa efímera de leyes que no se cumplen jamás y de sentimientos y aspiraciones que ya no existen entre las clases directoras. Las obras que con más entusiasmo se emprenden, y que á primera vista parecen firmes, sólidas y grandes, dan los resultados más ridículos; se fundan instituciones públicas y privadas que remedan un espíritu de protección colectiva mal interpretado y que á la postre, con actos definitivos y con resoluciones de una altivez estupenda, borran, de los corazones buenos y del ánimo de los pocos bien dispuestos, toda esperanza de un real y efectivo progreso y de una saludable y salvadora orientación política y social hacia la virtud y hacia el derecho.

Y aun hay un peligro que es necesario anotar. Los mismos elementos intelectuales retraídos—y nada digo de los escasos no retraídos—se van inficionando con esa corriente de falsedad que nos hace sentir á veces la anticipada sensación del huracán del porvenir. Se advierte que no sólo esos elementos no hacen esfuerzo alguno por colocarse en la situación que les corresponde, sino que en la pequeñísima esfera de acción á que se reducen contemplan ídolos de barro; aceptan papeles muy secundarios en la comedia social; dan su nombre y empeñan su palabra, para cosas que saben de antemano que no corresponden á sus alientos ni á sus instintos, ni á sus íntimas y recónditas aspiraciones. Van, á título de vencidos, por un camino de curvas, pero que conduce, aunque por larga distancia, á un fin práctico de regeneración, y de sorpresa nos enteramos de que no han provocado siquiera entre ellos el estímulo; de que á mitad de la marcha se fatigan y se rinden, y ponen lo poco que han logrado al servicio de los

mismos mediocres y audaces de quienes han creído necesario huir y de quienes han pretendido defenderse. El país no sólo los ve con lástima, sino que va mirándolos con desconfianza. Y si ha lamentado ayer que se mantengan disgregados é infecundos, comienza hoy á temer de su unión, porque sospecha que esa unión de muchas debilidades probadas y de muchos espíritus paralíticos, copia, después de un volcán que sustituye su lava por ardientes adjetivos, la escena cómica del parto de los montes.

Y es que los intelectuales de Cuba, para realizar feliz y provechosamente la misión que el caos político y social les señala en estos momentos, tienen que demostrar una energía, un valor civil y una entereza supremos; y no ir á un pacto bochornoso con el medio que tienen que renovar; y no amedrentarse ante los ataques de los malos aunque sean más que los buenos; y no emplear la benevolencia con los mezquinos, con los ignorantes y con los ambiciosos vulgares, cuando precisamente son éstos los que

tiñen la aurora de la República con las tinieblas de una noche en la que se escudan los vicios que amenazan, no sólo al Estado como régimen político, sino á la nación como pueblo libre y como colectividad á la que deben estrechar, en lazo indispensable, los intereses comunes, las mismas aspiraciones, la historia gloriosa y el espíritu...

X

EL PROBLEMA DE LA EDUCACION

I

Cuando algún periódico extranjero señala en nuestra República la circunstancia de existir menos soldados que maestros de escuela, contra el juicio de la abrumadora mayoría y provocando la indignación de un fanatismo inconsciente, en vez de orgullo siento tristeza. ¿A qué negarlo? No ignoro, ni pongo en duda, la buena fe con que se indica, en nuestra organización política, ese hecho por demás singular; sé, con pleno conocimiento, que al citarse aquella circunstancia se hace con objeto de elogiarnos y aplaudirnos; y alcanzo á ver, con toda serenidad, el punto de vista elevadísimo en que se coloca quien, al juzgarnos por el hecho, en sí, funda en él grandes esperanzas, y deposita sobre nuestra cabeza

una corona de multicolores mariposas... Pero, la realidad se aparta del arco iris que dibujan, en el horizonte cubano, las buenas voluntades que nos estudian con cierta ligereza, y al contacto de esa realidad, nuestra satisfacción va nublándose y nuestro cielo va perdiendo su incomparable azul...

¿Es que debemos, por un patriotismo ciego, condenar el pensamiento á la impotencia, y vivir en un mundo de insanas apariencias, con la amorosa y tímida consigna de no profundizar nada, de no ir al fondo de las cosas para descubrir, en toda su pureza, la verdad estricta? Cuando veo que se exhibe como virtud nuestra debilidad, no puedo dejarme engañar por ditirambos plañideros. Cuando se nos descubre como gigantes y yo estoy convencido de nuestra pequeñez, en vez de acudir á mis labios la sonrisa fatua del ignorante, mi corazón se estremece y mis ojos se inyectan... ¿Puede la pueril vanidad hacerme presa al grado de figurarme que somos un pueblo innovador, que da la voz de mando en un

nuevo avance de la civilización? ¿Acaso debemos entender, los buenos patriotas, que hemos resuelto, por espíritu de progreso, el problema de la paz con el problema de la instrucción, y que nuestro ejemplo será decisivo para que los demás pueblos levanten sobre las cenizas de cada campamento el venturoso edificio de la escuela triunfante?

Nosotros, si no tenemos soldados, es por una desventura nacional, por una lesión de nuestra independencia, por una geográfica debilidad de nuestra organización social, que trasciende á nuestra soberanía... No tenemos soldados porque no los necesitamos; y no los necesitamos porque hemos plantado los cimientos de la República sobre el doloroso anticipo de nuestra capitulación incondicional. Los Estados Unidos opusieron, en Cuba, un dique inexpugnable á la guerra civil y contrajeron el grave compromiso de ser guardianes de nuestra independencia en el extraordinario caso de que pretendiera atentarla cualquier poder extraño. De este reconocimiento

de dos ineptitudes nuestras, la de vivir y gobernarnos en paz, y la de rechazar la codicia del conquistador, venimos á la realidad indisputable de que no nos era menester más Ejército que el policiaco; y desapareció aparentemente de nuestro suelo el peligro del enemigo de fuera y el del enemigo que llevamos los descendientes de España en la masa de la sangre. Los maestros fueron así más que los soldados; y en el presupuesto se consignan para instrucción pública, algunos de los millones que, de ser un pueblo fuerte y un estado por completo independiente, consumiría el departamento de guerra y marina.

II

Cuando los Estados Unidos realizaron el sueño de la intervención, poniendo fin á la encarnizada lucha de la colonia con su metrópoli, nos halló en un lastimoso grado de ignorancia, hundidos en las tinieblas de una mayoría enorme de analfabetos, y juzgó como la primera necesidad de nuestro pueblo el buscarle

maestros, al propio tiempo que proporcionarle libertades. Y el problema de nuestra educación se limitó á la urgencia de enseñar á leer y escribir á los que no sabían... Al estilo de la América del Norte, se tejió una red de funcionarios de la nueva escuela; se abrieron las puertas á una burocracia antes por nosotros desconocida; y los maestros, que la colonia contó por docenas, la intervención contó por millares. Los silabarios se difundieron por todo el país con rapidez; se le habló al pueblo con palabra consoladora, llevándole, á su inteligencia virgen, la idea salvadora de desgarrar su castidad intelectual.

Está aún muy reciente para que hayamos olvidado el gran aparato con que fué implantada la reforma; sobre las heridas del combate, se aplicaba un bálsamo cuyos efectos inmediatos sería absurdo ocultar; y un signo clarísimo establecía una pronta diferencia entre el pasado y el presente, diferencia por cierto bien superior al sencillo cambio de la cortina política que en sus pliegues suele envol-

ver, más que un cambio real y efectivo, los secretos de una ilusión óptica mil veces repetida en la historia del mundo. Aún recuerdo con cuánta alegría contemplábamos, en aquellos días, los movimientos de la tropa de maestros, armada de libros, que sustituyó, como por encanto, á la tropa armada de los utensilios de la muerte. Sobre la tumba de mil víctimas se erigió un nuevo altar en donde habrían de hallar la felicidad los moradores de esta tierra. Y fué el primero y acaso el más radical de los rompimientos de la colonia emancipada con las costumbres, los hábitos y las tendencias de su antigua Metrópoli.

Al problema se le dió solución á gusto del interventor y conforme á su modo de ser. El espíritu norteamericano, muy distinto al nuestro, se hizo sentir en la nueva escuela. Y el maestro se dolía de no ser copia fiel del distinguido pedagogo yanqui que organizó el magisterio. El país aplaudió la reforma. Y nuestra prensa publicó extensos artículos que semejaban cascadas de flores. Aquel nú-

cleo de maestros, jamás visto en Cuba, alentaba á los patriotas en la sospecha de que muy pronto comenzaríamos á progresar moral é intelectualmente y, por otra parte, nuestra esquilmada clase media, reducida á la mayor pobreza por la guerra, encontraba un nuevo filón que aprovechar y la mujer un empleo, útil á la sociedad, que la salvaba de los tenebrosos peligros de la miseria abrazada con brazos de hierro á la holganza.

Al llegar la hora de constituir la República con el fin de hacer efectivos los compromisos internacionales de los Estados Unidos, la lucha política absorbió el pensamiento de nuestros hombres más ilustres; se plantearon problemas de índole distinta al educativo; y se mantuvo al país todo en una tensión de espíritu peculiar, hasta que, cedidos por nosotros los derechos que amenazaba arrancarnos por la fuerza el improvisado amigo de la independencia de Cuba, se celebraron con pompa y solemnidad, entre haces de luz y risueñas promesas del azar, las bo-

das del pueblo de la colonia con los revolucionarios de Martí.

Los que creyeron que la República venía á resolver todos nuestros problemas, se dieron por el momento con la sorpresa de que la República acataba las incompletas soluciones, casi todas ocasionales, y con criterio inconforme con nuestro espíritu, proporcionadas por el norteamericano. Lejos de pretender revisar el sistema educativo, se le consideró intachable, y bajo los auspicios de ese juicio *à priori* inaceptable, continuará en sus funciones burocráticas la enorme legión de maestros, uniformados, por el interventor, para admiración de los cubanos de muchos siglos...

El poder legislativo, que es acaso la más defectuosa de nuestras instituciones republicanas, ha creído que el problema no necesita tocarse, porque los interventores nos lo entregaron resuelto del único modo que podía resolverse, con un río de oro que corre frenético á bañar la tropa de maestros que sustituyó, para ventura de Cuba y ejemplo del mundo,

á las otras tropas, las que manejaron por la causa de la libertad política el instrumento de la muerte, y en vez de ríos de oro contemplaron, enternecidas y agitadas, ríos de sangre...

III

El problema de la educación ¿podía ser resuelto de manera adecuada y conveniente por el poder militar extranjero que intervino en nuestra lucha de familia? Esto es lo que debieran haberse preguntado nuestros legisladores, nuestros pedagogos más eminentes, nuestros contadísimos y generalmente inéditos psicólogos.

Aparte de la inmensa dificultad con que tropieza el hombre de raza y aptitudes distintas para juzgar de las necesidades de un pueblo como el nuestro, entumecido por los errores de un régimen colonial deplorable, es preciso tener en cuenta que cuando ese hombre es nuestro vecino de la gran República, está ca-

si imposibilitado de proceder con discreción por los prejuicios que le dominan respecto á nuestro carácter y por las falsas informaciones que ha tenido de nuestro temperamento, de nuestra aptitud moral y de nuestras costumbres sociales.

El norteamericano nos considera menos que una raza débil; piensa en nuestras desdichas históricas con cierto desdén; y no toma en cuenta las circunstancias de nuestro desarrollo intelectual dentro de los moldes de la colonia. El español es, para el yanqui, un tipo acabado de la *especie* neuropática, con el mérito único de la originalidad; considera, en el degenerado español, el caso psicofisiológico más complejo, más obscuro; y reconoce las dos tendencias que predominan, substituyéndose en el individuo estudiado, como caso patológico. Pero así como el español legítimo puede salvarse de los grados inferiores de la degeneración, manteniéndose unas veces en el estado medio y exaltado otras á la dignidad del hombre de genio, el español de las colonias, mezclado con razas inferiores, y educado en un medio

de esclavitud y depresión moral, es, para el norteamericano, un degenerado que apenas llega á su grado medio y que con frecuencia desciende al grado inferior. Cree que nuestros defectos son la raíz de un grave mal que sólo puede curar la trasfusión de la sangre y pone en duda las más elementales virtudes de nuestro sér moral. Desde luego, que se equivoca, dando pruebas de una profunda inconsciencia psicológica y antropológica, sobre todo cuando se empeña en dar por averiguados misterios de la ciencia y por hechos comprobados, secretos de la ley de herencia. Pero el norteamericano procede, en esto, de buena fe, sin odio, sin crueldad, sin ninguno de los síntomas que podrían ofrecernos, á observación, un caso distinto del nuestro, y novísimo, de la especie neuropática en su principio, casi en la hora del génesis... Piensa en acuerdo perfecto con la preparación que ha tenido su espíritu; sólo conoce de nuestro pequeño mundo moral las pinturas más inexactas y menos honradas; toma por observaciones y análisis

firmes, estudios hechos al vuelo; y acepta como nuestro tipo clásico el menos representativo pero el que á sus ojos aparece con una significación casi simbólica del carácter, de las costumbres y del pensamiento cubano.

Vivimos á tan corta distancia de la nación fundada por Washington y Jefferson, que no sería extraordinaria exageración decir que el punto de nuestro territorio más próximo á los Estados Unidos está á tiro de fusil. Sin embargo, nos conocían poco y mal los ciudadanos de aquella gran patria, como si hubiera impedido, á su curiosidad, contemplarnos bien, el velo espeso de la dominación europea. Sabían á ciencia cierta nuestra fuerza material, respecto á la Metrópoli, pero no nuestra relación espiritual, psíquica, antropológica con la madre patria. Intervinieron en nuestra guerra de independencia teniéndonos en tan mal aprecio, á españoles y cubanos, como en estimación al suelo; y su política, que ofrecía al mundo resplandores de humanitaria, era más que otra cosa un

nuevo destello de la doctrina de Monroe, un estremecimiento de la nación que se apresta á un cambio evolutivo, necesario acaso á su desenvolvimiento material y á las necesidades creadas por una plétora de vida en todos los órdenes.

Encontrándonos, como ya dije, á tiro de fusil, creyeron sin embargo los norteamericanos que desembarcaban en la isla de Fidji; que no nos diferenciábamos, en lo esencialmente instintivo, de la Nueva Caledonia. Algunos jefes del ejército invasor, creyeron tropezar en su camino con jefes nuestros copiados fielmente del tipo Makiraki; y al darse con la mezcla de europeos, africanos y asiáticos, en el contenido de nuestra exigua población y cortísimo ejército, pensaron tal vez en el canibalismo cubano excitado por el furor de una guerra entre dos debilidades.

Sobre los primeros combates sobrevino la paz, en buenas condiciones y como por sorpresa, y los norteamericanos entraron á posesión provisional de sus desconocidos é inferiores vecinos. Jugaron en

nuestro territorio con los derechos individuales, considerándonos con tan escasa aptitud para ejercerlos que habríamos de ignorar cuándo la verdadera libertad extendía en el horizonte sus gloriosos rayos de sol y cuándo la eclipsaba el odioso sable del gobernador extranjero, desde la butaca de nuestros tiranos históricos. En este punto, tuvieron sorpresas y hasta recibieron lecciones correspondientes á las ligerezas de un programa político sin base de principios sólidos y sin ilustración de hondos conocimientos del pueblo que se ponía al amparo de sus cañones y de su justicia. Y en vez de sabias leyes, de buenas enseñanzas administrativas, nos dieron la menor porción posible de cultura en una fila enorme de maestros generalmente mediocres. El problema de la educación quedó concretado en estos términos: «Es preciso combatir el analfabetismo. Hay que enseñar á leer y escribir á todos los cubanos.»

El país aceptó el plan de *campaña*, creyéndolo de una eficacia asombrosa. Y la opinión de cierto elemento de nues-

tra sociedad, se dividió, por sus tendencias, de esta suerte: bajo la techumbre de cierto egoísmo, signo muy característico de la decadencia psicológica que apunta en nosotros el observador angloamericano, unos aplaudieron la nueva escuela elemental por el éxito probable de industrias determinadas al crearse con futuros estados psíquicos necesidades fácilmente explotables; otros, porque no teniendo más horizonte que el de las oficinas del Estado, vieron crearse una nueva burocracia en la que no era difícil hincar los colmillos de la ambición relativa; y los más porque, pesando en ellos el prejuicio recíproco al que traía tal orden de cosas, esto es, tomando por excelente é indiscutible toda iniciativa que partiera del poder interventor, sólo veían un alarde de progreso, un aumento extraordinario de algo que hasta el día anterior pecó de escaso, y los deslumbraba, por fenómeno visual de la ignorancia ó de la ausencia de instinto analítico y reflexivo, la idea de que no habría sobre nuestro suelo, á la vuelta de algunos

años, más que gente culta, hombres ilustrados ó en condiciones de ilustrarse: una especie de clase media parecida á la norteamericana.

Lo que en apariencia era práctico y decisivo, en el fondo no tenía más valor que una esperanza halagüeña, aportándonos un poco de fe para la lucha futura. Se hablaba de la educación; y como de eso no se había hablado nunca en serio, natural y lógicamente, nuestro alborozo subió de punto. ¿Pero qué era lo que en ese período provocaba nuestro aplauso? ¿La solución del problema? No. La iniciativa; y la iniciativa, como elemento capaz de producir, en derivaciones, algo que nos reportara, al cabo, un gran beneficio nacional. No se había tratado, por parte del interventor, de educación, sino de sacar al pueblo cubano de un estado de analfabetismo que podía dar resultados funestos en un porvenir nada claro, y para esto se nos aplicaba con toda energía el prejuicio antiguo que no borraron del todo el trato de nuestros hombres, el contacto de nuestras aspira-

ciones, ni el conocimiento de nuestras costumbres.

Por eso yo pregunto ¿era un problema que se resolvía, en el orden pedagógico, ó era una necesidad que se atendía, de orden muy distinto, más bien político que exclusivamente social, más bien práctico, en el sentido administrativo, que en el sentido intelectual? ¿La República corresponde bien á la iniciativa interventora con el *statu quo*, dejando las cosas como estaban, y ni siquiera, para esto, tomándose el trabajo de considerar su importancia, y el venturoso porvenir que nos prepara la inacción, la ausencia del pensamiento, el abandono del primero y único aspecto de la colonia que radicalmente se reformó al descender, del asta colonial, la bandera de España?

Recuerdo con dolor el gran elogio de la República: ¡son más los maestros que los soldados! Y se me ocurre qué honda y qué triste es la filosofía de ese elogio considerado en toda su significación, en su conjunto y en su origen! ¡La virtud fundamental del régimen político, dis-

fraz del resultado de tres desventuras que han decidido acaso del porvenir: los prejuicios del interventor, el analfabetismo, la debilidad nacional!...

IV

Acepto que nuestra escuela, de carácter y fisonomía interventora, es un buen modelo de administración, pero hallo mil reparos á toda la máquina escolar, si la considero en su fin único, en su fin exclusivo. ¿Es la escuela cubana efectivamente educadora? ¿Prepara al individuo para algún estudio superior, ofrece una forma definitiva de nuestro carácter nacional? Lo primero que se me preguntará es *de dónde sacamos el carácter nacional.* Y á eso responderé que sólo se habla de *carácter nacional* en el terreno de las esperanzas, con la vista en el porvenir. Las revoluciones cambian en un día él régimen político de los pueblos, pero no su conciencia, ni su espíritu, ni las inclinaciones con que les dotó una educación imperfecta ó viciosa, ori-

gen del estado revolucionario inmediato. Y nosotros, como todos los pueblos que tienden á completar con la nacionalización del espíritu la nacionalización del Estado, tenemos que buscar, entre las mil fórmulas que nos brinda nuestra condición psicofisiológica, las líneas de nuestro futuro *carácter nacional*, garantía del Estado en los límites de la libertad y la independencia alcanzadas. Pero, no ha sido mi objeto detenerme en este aspecto del problema, y voy á *mi punto capital:* ¿es la escuela, dirigida y organizada por la intervención, la escuela con que debemos conformarnos, y sin penetrar, desde luego, en nuestros establecimientos docentes superiores que no sufrieron la influencia directa del norteamericano?

La escuela cubana es elemental, dentro de su propio carácter elemental, y está en una desproporción muy grande lo que produce y lo que cuesta. La ignorancia atraviesa sus aulas y se ensoberbece. La preside, por lo general, el hambre. Y la conducen la impotencia y el servilismo. No hay pues escuela. Hay un remedo

de escuela. Y téngase en cuenta que hablo en sentido general, fijándome en la mayoría, convencido de que existen excepciones y hay algunos maestros buenos y algunas escuelas recomendables, á pesar de lo defectuoso del *sistema.*

¿Sabe, se ha penetrado bien el maestro, de lo que difunde en el sentimiento y en la inteligencia del discípulo, en su misión de iniciador de una nueva generación y preparador de un nuevo pueblo, por decirlo así? (1) Porque si ese no es el fin de la escuela, cae por su base la teoría de que en ella se forman los gérmenes de la nación futura, superior á la actual. El Estado, por otra parte, ¿ha puesto en manos del maestro los medios de llegar á ese resultado práctico?

He encontrado siempre deplorable el

---

(1) Las últimas luchas políticas han acabado con el maestro y desde luego con la escuela. El gobierno obligó á los maestros á hacer política. Y la escuela es un verdadero centro desmoralizador, de donde salen cuotas para pagar gastos electorales. Un diario de provincia publicaba con alegre inconsciencia hace poco tiempo que se había formado un partido político de niños, que se preparaba á defender los ideales del moderantismo. ¡Qué horror me produjo la noticia!

sistema de enseñanza, por cuanto en él no veo la suma de nuevos y buenos elementos, sino la remoción sistemática y más ó menos perjudicial de nuestra mala savia. Y nos revolvemos sin esperanza verdadera, en nuestra propia tinta, suponiéndonos acaso tan poderosos de voluntad que el reconocimiento de nuestros defectos nos bastará para enmendarlos y suplirlos con alguna virtud. En vez de una demoledora de analfabetos levantamos una fábrica de pedantes; y llegando en algunos casos el maestro—me interno para esto en las provincias más despobladas—á andar en preparación y aptitud á la altura de sus discípulos, se transforma la escuela en triste y desolador juego de monigotes intelectuales.

La masa popular que sale de la escuela y no vuelve jamás á ningún establecimiento docente, ha aprendido á leer y á escribir y ha recibido una idea equivocadísima de los demás conocimientos que no llega á estudiar, con extensión, por circunstancias particulares que no hacen al caso. Todo en la escuela es enfá-

tico, y el énfasis, que allí se estimula, es algo que debíamos combatir. El maestro es un ignorante que obtiene sin examen un título de profesor, por una de esas inmoralidades á que se presta nuestra organización escolar ingenuamente interventora é inaplicable á nuestra viciada sociedad, ó tiene el arte de hacer malabares con los conocimientos más serios, reducidos, por virtud de esa tendencia norteamericana, aplicada á un medio inferior de supuestos caníbales, á las proporciones limitadísimas de una caricatura liliputiense. Y cuando visita el observador sereno y juicioso nuestra escuela, sale pensando que aquello es un costado de nuestro edificio administrativo por el que se derrumban cimientos y materiales de mejor aplicación. Y mientras más queremos acercarnos al tipo del cubano del porvenir, más próximo tenemos el molde antiguo, inepto para la orientación moral y material de la humanidad que marcha hoy á la vanguardia del mundo.

El niño aprende, en vez de formarse un individuo moral dentro de la aspira-

ción más pura y más noble de su libertad, todo lo que, á mi entender, es falso y enfermizo. Aprende que el cubano es el hombre más generoso del orbe, siendo egoísta por naturaleza; que es el más inteligente, sin tener motivo para declarar semejante supremacía; nuestra historia, realmente corta, se le enseña con exagerado criterio que presenta á veces aspectos fundamentalmente ridículos, y por este camino de engreimiento absurdo se logra perpetuar, en nuestra raza hispano-africana, sus vicios, los que la han condenado á ser improductiva, necesitada de la inmigración, no para las faenas agrícolas incumplidas, sino para buscar en una étnica heterogénea futura, la homogeneidad que ha de venir al cabo á darnos un sello apreciable y de carácter nacional.

¿Hay acaso quien cree que poseemos dentro todos los elementos para constituir efectivamente la nacionalidad en sus varios aspectos? No se ha estudiado el asunto con toda la energía de los cerebros sólidos: se le ha apreciado, al con-

trario, con la sentimental ambición de los corazones tiernos. Por la escuela actual, muy defectuosa, nos vendrán ignorantes soberbios y tiranos; y por los horizontes que rodean nuestras hermosas playas, aparecerán las naves ideales que han de traernos sangre buena, para dar á la nuestra lo que le falta; nos traerán cultura, ciencia, espíritu reformador, factores que ayudarán, después de muchos años, á la obra que es móvil hondísimo de las revoluciones, pero que no les es dado consumar con su solo impulso y con su sola iniciativa. La Revolución francesa, con sus excesos por la libertad, preparó en vez de nobles ciudadanos, siervos para Napoleón I; fué un delirio de todas las esclavitudes, que produjo todos los crímenes y que al cabo refundió en una sola tiranía todas las libertades proclamadas. Pero la reforma comenzó en la conciencia cuando más abatida estaba; y si no se detuvo en la democracia absoluta, con una definición permanente del ideal nacional, corrió hacia ella, con poca fortuna, por un siglo

de hondas trepidaciones... Pensemos, pues, en la Francia, que proclama un día de vértigo los derechos individuales, y llega, por la gloria, por la esclavitud, por la usurpación y por el crimen, á las puertas de Sedán. Las revoluciones no hacen saltar á los pueblos ni trasmutan las conciencias, ni trasplantan los espíritus. Abren el horizonte. Y solicitan el concurso de la luz más poderosa del entendimiento humano, sobre ruinas y humo y gloria, para iluminar el alma de un pueblo y prolongar, á través del tiempo, en sus resplandores, sus enseñanzas...

XI

AVERSION LITERARIA

Estamos en plena época de aversión literaria. Escribir buenos versos y buena prosa equivale en este tiempo á servir margaritas á puercos, y dicho sea sin la intención de ofender. Tenemos escritores y poetas muy distinguidos y prosistas castizos y elegantes, pero el público no se da cuenta de que existen y si alguien pretende obligarle á poner en ellos los ojos, experimenta un hondo malestar, se encoge de hombros, y casi estoy por decir que llega á odiarles, como se odia al obstáculo travieso y tenaz que se opone, en la vida, á la dicha suprema y á la suprema ventura. El poeta y el pensador le abren horizontes que él quiere ver cerrados; el poeta y el pensador anuncian, anticipadamente, los abismos y las asperezas del camino. Leer; y leer buena lectura, es meditar; y meditar es tra-

bajo incompatible con el género chico que se apodera de las facultades mentales de nuestra generación; meditar es trabajo que no aceptan con gusto todos los ciudadanos del mundo como gala de una íntima y desinteresada actividad.

Dígase lo que se quiera, el mal está en la educación. Dar un vuelco á todas las cosas, en el orden social como en el político, es ir con prisa á la reforma, y esta prisa no sólo no es beneficiosa sino que envuelve graves peligros, y adquiere caracteres de tempestad, si una superior dirección y un gran espíritu no ejercen sana y decisiva influencia sobre los directores de segunda clase y sobre todos los espíritus. He dicho esto mismo varias veces, mas no se me tache por fastidioso, insistente y machacón cuando á repetirlo me lleva siempre el deseo de enrojecer el hierro frío en que se estrella el pensamiento, sobre todo el pensamiento disciplinado por una sistematización lógica. Las suaves espirales de humo que despiden los cerebros imaginativos abundan entre nosotros y

extienden una niebla vaporosa de irresistible frivolidad que asfixia á las más probadas y enérgicas inteligencias. Por eso encuentro justo y sabio á Dugas, profesor eminente del Liceo de Rennes, cuando dice en su libro *La Imaginación* que «el pensamiento no es más que una forma vana si no se une á un objeto considerado como real, si no se transforma en creencia».

Viene la reforma completa cuando la trae de bracero el carácter, cuando la acompañan sanas energías, cuando la impone, sobre todo, el espíritu de cara á un universo más claro y más bello que el de nuestros padres: se produce una especie de nivelación de fuerzas, una equivalencia de intensidades, y no sacan entonces las nuevas instituciones sus largos pies más allá de la sábana moral que los cubre. Nosotros honrada, sincera y lealmente debemos confesarlo: no tenemos la sábana del espíritu del tamaño que exigen nuestro régimen político y nuestras obligaciones sociales.

Hemos vivido siempre detrás del mie-

do y mirando de reojo al enemigo. Ahora, cuando el miedo debe transformarse en tranquilidad y somos nosotros mismos nuestros enemigos más crueles, parece que descargamos de los hombros un peso enorme y que no nos queda ya ningún problema por resolver. Dueños de este pedazo de tierra, únicamente nos preocupa crecer dentro de él, sobresalir, con aptitudes ó sin ellas, entre los que tienen, al terruño, iguales derechos á los nuestros, y dejar trascurrir el tiempo sin otras complicaciones que las domésticas, sin nuevos dolores, sin regresar al obscuro rinconcillo de antaño, detrás del miedo.

Amoldar nuestra alma vieja á un nuevo cuerpo es obra de romanos, milagro digno del siglo II, estupendo acontecimiento más extraordinario que aquel que repiten las historias del cristianismo cuando San Policarpo entró á morir en la hoguera y las llamas, separándose de su cuerpo, formaron un pabellón de fuego sobre su cabeza. Se dice con afectado convencimiento que somos un pueblo jo-

ven, y se cree así atenuar nuestros errores y echar al viento las hojas secas de mil esperanzas engañosas. Pero, y vaya escrito contra las iras de la innoble adulación populachera, nuestra juventud es muy sospechosa, ofrece muchos escollos á las costumbres que ahora nos corresponde observar, y presenta síntomas de vejez, horrible enfermedad que sólo se remedia levantando sobre las canas de nuestro espíritu colonial la cuna del ciudadano futuro.

No se nace con el alma enferma; no se nace con el vicio inyectado en las venas; pero tampoco se adapta el espíritu á una orientación moral nueva conservando sistemas enervantes. Somos pueblos que venimos de otra vida, que mudamos de hogar, si cabe decirlo así, que en la reforma logramos todas las variedados exteriores sin expulsar la vieja alma para darle entrada á un alma nueva. Y nuestra virtud no debe fundarse en un sofisma, en la quimera de ser enteramente distintos hoy de lo que fuimos ayer, sino en procurar que no nos imiten ni nos hereden, en

cierto orden de cosas, los que ocuparán mañana nuestro lugar llamándose, con derecho indiscutible, no sólo nueva generación sino nuevos ciudadanos, los ciudadanos para quienes esta época debe colmar el sacrificio.

Pero hay que poner la vista en el problema, averiguar su alcance, examinar sus dificultades, y, además, es necesario que nos dispongamos á resolverlo con tino, con discreción y patriotismo. Pudiera ocurrir, si no sabemos desenvolvernos como conviene, que los hombres de mañana fueran aún peores que los de hoy; que entregados á una vida de abandono, no completaran la reforma política con la evolución moral; que vinieran nuestros hijos, degenerados, sin aspiraciones y sin sello propio, á descender en la escala antropológica, rompiendo las débiles bases en que descansa este gran edificio político.

La historia nos ha confiado un papel muy importante en la existencia de la nación cubana; y si los hombres que con ella juegan á los partidos, á la burocra-

cia, á la escuela pública, se detuvieran á considerarlo, comprenderían las dificultades que nos rodean, la trascendencia fundamental de cada uno de sus actos, el dolor que siembran y la disolución que provocan. Cuando es la hora de comenzar la obra como se comienza un castillo, por los cimientos, nuestros políticos principian por levantar la torre, por preparar las armas, por emprender luchas y tareas anticipadas y de todo punto desquiciadoras. En vez de una doctrina sana se arraiga el mal convertido en necesidad, y esta necesidad es al cabo cadena de errores que se prolonga de generación en generación y que mantiene, cada vez más raquítico y más estrecho, el sistema político que nunca brilló y que nos arrastra á la muerte.

Fíjese el lector en lo escrito, ponga puntos sobre las íes, desenrede madejas, aplique teorías lógicas y juzgue con independencia. Saltará á sus ojos el defecto de origen y el medio educador á que debemos aspirar. Y por sí mismo irá contando los síntomas que manchan y los

síntomas que ofrecen, con un poco de luz, un collar de esperanzas. Por lo pronto, yo digo: esa aversión acentuada en punto á lecturas, esa deplorable indiferencia en lo que se refiere á sus pensadores, ese abandono, cada día más sensible, de lo que debe ser orgullo y gloria, nos indican que imperan algunos elementos que no son buenos; que la función educadora no la han comprendido ni el gobernante, allá sobre la cumbre del poder ambicioso y desatentado, ni el legislador, en su rico templo de doctores, ni el tribuno en su pedestal de la plaza pública. Si en vez de ejercer la virtud hacen del odio arma vengadora, y de la audacia único pie de la fortuna; si en vez de respetar la verdad, de acatar el mérito y de iluminar el patriotismo ilustrado, se preocupan en dividir, empequeñecer y desterrar á los hombres capaces de echar raíces sanas y fuertes á la nación futura, la República temblará hoy, vacilará mañana y verá el porvenir con el horrible color de una noche profunda, impenetrable, desgarradoramente triste ..

XII

EL HOMBRE DIOS

(CAPITULO DE SUPERSTICION CUBANA)

SOBRE la dorada cuesta de San Juan, en donde más amante sopla la brisa y es más bello y melancólico el paisaje, se halla Juan Manso, con todo el secreto de su extraña fe, con todo el atractivo de su divina y sobrenatural representación. Ora y cura los enfermos. Rocía las llagas con agua bendita. Y limpia, con el fulgor de su mirada, las lástimas del espíritu. Fuí á verle una tarde, bajo los rayos de un sol que tostaba las entrañas de la tierra. Y no fuí solo. Fuí en romería, más allá de Lourdes, á Jerusalem, la patria del Señor...

¡ De haber sido poeta ! En aquella cresta de conciencias soñadoras; en aquel escenario de antiguas y muy lejanas remembranzas, se extendía una íntima cordialidad que más enérgica y decisiva era cuanto más abría sus alas el ave in-

colora del temor. Casi advertí una tendencia á la ternura, que las gentes expresaban en constantes conmociones. Y como si cada cual llevase en su interior batalladores del bien y la verdad, abstraíanse, hombres ó mujeres, en ciertos instantes, para sostener, cuerpo á cuerpo, allá por sus adentros, esa lucha en que unas veces triunfa la imaginación y otras vence la inteligencia. Pero, más interesante que la duda era la fe que no admite lógica, ni ciencia, ni otra fe distinta á su paso. La materia pasea por el mundo; viven sus almas colgadas del cielo, y se indignan, frenéticas, al divisar desde su altura á los escépticos, á los indiferentes que atraviesan la Tierra y llegan á la tumba sin mirar con los ojos del espíritu á las puertas de San Pedro. Sin estar enfermos, los fanáticos experimentan extravíos en su organismo; un vértigo de pasión demoledora trabaja en el cerebro; y se dirigen, al fin, como cosa previamente convenida con los ángeles del cielo, al santo que sana los cuerpos con agua bendita. ¡Dios perdona los peca-

dos! ¡Qué felicidad pecar hoy para vivir de su perdón mañana! De la piel desaparecen las llagas; la tez verdosa se vuelve rosada y fresca; tiñe los ojos un brillo que ilumina en torno suyo las tinieblas de todas las conciencias. Y á la caída de la tarde, en el instante de los crepúsculos--que viven en el espacio de tres relámpagos, entre el sol y la noche de los trópicos—la muchedumbre cándida baja la cuesta de San Juan; charla, ríe, canta, con una placidez sincera. A cada paso, tiene un nuevo milagro que oir; una cura estupenda que observar. La hueste se detiene y grita. Forma sobre el césped inculto un circo que las miradas trazan casi con llamas. Y se exhibe, al fin, un hombre de talle largo y flaco, lampiño, vizco, apoyado en una muleta que un poco más doble remedaría caja de muerto. Al llegar al punto en donde todas las miradas participan de él por igual, suelta la negra muleta y camina como un galán que contonea su cuerpo ante la reja andaluza de su amada. La multitud se entusiasma y grita de nuevo.

Y una fe más honda inunda el corazón de las docenas de cojos y paralíticos, ciegos y sordos, que á diario suben y bajan la cuesta de San Juan en busca de oraciones y agua bendita, obligados, por la indiferencia de ese Dios que tan alto vive, á pasear sus lástimas hasta la hora en que se fije en su tristeza la misericordia del cielo. «¡ Ay, exclama el inválido con los ojos arrasados de lágrimas: *por ahí viene mi hora;* la mirada del cielo se posará en mis miembros rígidos é inútiles; y seré feliz, para aguardar sin dolor la fecha distante de mi muerte!...»

El santo se va quedando solo, cuando su oración expira. Su palabra es torpe: el cielo, más prudente que nuestro deseo, no le envía por raudales la inspiración del discurso. Predica la buena moral de Zoroastro, á quien ni de oídas conoce; y como en su alma sin cultura las ideas se atropellan, mezcla y amasa principios que no hallaron hasta hoy soldura posible. Pero, en el fondo de su palabra se ve una candidez sugestiva; un ensueño que extrañas purezas de imaginación llevan

á su cerebro; y con lentes de sobrenatural efecto se le distingue rodeado de espíritus, suspendido por ellos en un mundo en el que, para el profesor Dugás, no reconocen límites lo real ni lo posible. Y su triunfo, el de Juan Manso, el del pobre y humilde soldadito vestido de Jesús, con luenga y tupida barba de Nazareno, consiste en que, para su ignorancia y para estudiar los rincones de su Paraíso y para conocer los extremos de esa fosforescencia de espíritu exaltada en su conciencia por una fiebre, que en vez de la muerte le produjo más vida, necesita el crítico abrir la ciencia, pedirle consejo, oirla con fija atención, y explicar sus éxitos, que algunos produce, reales ó sugestivos, sin anatema para la prueba que tantos enamorados conquistó sobre la cuesta de San Juan...

Y Juan Manso, de líneas enérgicas, pequeño de estatura, de ojos brillantes, grandes, fijos, sin vaguedad ni indecisión, con su figura de apóstol, que come de limosna, que rechaza dinero y viste andrajos de la caridad pública, no pone

en duda sus principios, ni los somete á discusión, ni se excita, ni se asusta, ni llora, ni ríe... Sus movimientos son ágiles; camina con ligereza que contrasta á la majestad de su poder sobrenatural; y pregunta, abstraído en sus pensamientos, como quien llevara el oceano en el vaso de una sola idea, cuanto cabe ¡ oh señor ! desde lo pequeño infinito hasta lo infinito grande. Levanta las manos como si las pusiera sobre el lomo de Dios. Cierra los ojos y repite la pregunta...

La noche es su misterio y ora y goza del deleite de pasar la velada en charla con los seres de arriba. Se encierra en un cuartucho y por un agujero de la puerta le dan carne y agua... Los angelitos del trono del Eterno descienden á su cueva de conejo y le sirven con más lujo que á Morgan en su hotel de New York. Duerme después como un bendito. Y á la madrugada despierta; se pone en pie y sale á orar para sí, ya que ha de orar, durante el día, para el prójimo. Se incorpora en la montaña y de lejos recuerda al poeta moro que canta sus versos, al

crepúsculo, entre flores y almas, con el ritmo espontáneo de íntima poesía que guarda brisas enérgicas para el bosque y suaves alientos de amor para la dama, entre fuego y beso, que estimula sus anhelos bajo el cielo de marfil...

Pasa y se aleja y diríase que se interna en una nube que á buscarlo viene al horizonte. Y regresa como huyendo de que el sol incendie sus mejillas y carbonice sus luengas barbas de Nazareno... Avanza con andar melódico. Remeda un cuadro oriental. La sombra de Mohamed, poeta, atraviesa y corta su aureola de Hombre Dios. Y al mirar hacia abajo descubre los primeros inválidos que vuelven á su infructuosa peregrinación de cada día.

Juan Manso, de rodillas, ora y espera.

XIII

VARONA

TROPIEZO con Varona y le detengo para endilgarle la siguiente pregunta:

—¿Qué le parecen á Vd. estos escándalos de la política?

El Sr. Varona sonríe, mueve la cabeza con alguna afectación, se quita y se vuelve á poner los lentes y al fin se encoge de hombros.

—¡Pish!—exclama sumido en la mayor indiferencia:—á mí no me cogen de nuevo estas cosas; las esperé y las hallo naturales... Estamos acostumbrados á que todo se eche á barato... La sangre de nuestros padres no podía desmentirse en nuestras venas...

Y, poco más ó menos, en términos semejantes, sigue hablando Varona durante breves minutos... Se despide cortés-

mente, estrecha mi mano, levanta la mirada y se aleja... Más allá, alcanza su pensamiento, que no se había detenido.

¡Hombre singular, digno de estudio! Inteligencia y espíritu superior, vive entre nosotros por costumbre, tal vez por una suprema resignación de sus aptitudes. En su nada frecuente contacto con la sociedad y con la política de nuestro país, salta del asombro al escepticismo y del escepticismo al asombro. Piensa y madura mucho los actos de su vida pública, no se oculta entre los bastidores de ningún periódico, escribe con su firma cuando le viene en gana, y se coloca siempre dentro de esta figura de Stendhal: «Para ser buen filósofo es necesario ser seco, claro, sin ilusiones».

Un poco menos filósofo, Varona hubiera sido la personificación de los ideales cubanos, el brazo derecho de la República... Un poco menos seco, Varona hubiera conquistado con la admiración el amor de su pueblo... Un poco me-

nos claro, Varona hubiera sido el dios de la política moderada, templo de nieblas. Con un poco más de ilusiones, la existencia le sería grata entre los castillos de naipes del lirismo en boga.

El Sr. Varona vive en la Habana como si viviera en Berlín, y cuenta que jamás ha puesto los pies en la capital alemana. Como no somos alemanes ni krausistas los ciudadanos de esta modestísima y dúctil nación tropical, el Sr. Varona no se da á entender sino con muy determinadas personas, y esto haciendo uso de una benevolencia que instintivamente le repugna. Así como Sanguily es el Príncipe de nuestra tribuna, Varona es el «Kaiser» de nuestros pensadores, pero un «Kaiser» proscripto é indiferente. «¡Qué quiere Vd!—parece decir:—me han abandonado los míos! Darwin no dejó sucesor; Ribot, me robó un descubrimiento que era mi mayor gloria; Spencer, se ha ido al otro mundo sin mi permiso!...»

La República obscureció á Varona. No sé por qué, no me lo explico, pero es

un hecho evidente [1]. Varona, después del 20 de Mayo de 1902, pasó á ser un ciudadano particular, que da clases en la Universidad, y que se pasea de tarde, á la vista del mar, en la grata compañía de un abanico, acaso el más fiel de sus amigos. Lo agita con violencia cuando algo le preocupa; lo abre y lo cierra cariñosamente cuando sonríe su corazón á las caricias de alguna alegría...

—Yo soy—le ha dicho á su abanico— el más dichoso de los hombres, aunque tal vez las gentes no lo crean. Aristóte-

---

(1) El Sr. Varona se retrajo de la vida pública por escepticismo, á donde saltó, desgraciadamente, desde las más altas esferas del idealista en política. La independencia trajo para él situaciones inesperadas y el desarrollo de la demagogia que no previó. Hombre sincero, dotado de gran valor civil, no quiso pactar con lo que le era en substancia refractario; no juzgó de ninguna utilidad un esfuerzo de su parte para contener el desbordamiento de la ambición y la audacia, y no se creyó obligado á tomar parte en el desenvolvimiento de la República.

El autor, que admira en el Sr. Varona una poderosa intelectualidad, lo que no se explica es que los hombres de la República consintíeran en el retraimiento de hombre semejante, y no procuraran, como un triunfo de su política, la elevación de Varona á la Secretaría de Estado ó á la de Gobernación, preparando, de esta suerte, lo que debemos preparar: gobernantes, hombres que puedan ser Jefes de la Nación con honra y provecho para Cuba.

les, Platón y yo, hemos convenido en que «los placeres de la inteligencia, fruto de la vida contemplativa, constituyen el más alto grado de la felicidad...»

Si alguien me preguntara: «¿Usted lee á Varona con gusto?» le respondería: «No, lo leo con una gran pena...» Y es que la literatura del Sr. Varona peca de fragmentaria, de sintética, y siendo muy bella, sus artículos me parecen hojas dispersas de un gran libro perdido para siempre. Los artículos que el Sr. Varona escribe en *El Fígaro*, llevan en el fondo una perla de amargura: «si fueras, lector, capaz de entenderme—leo en esa perla—¡qué cosas tan buenas te diría!» Y en vez de vaciarnos todo su espíritu en la prosa gallarda y castiza que mide su pluma, nos da retazos brillantes y nuevos, sí, pero al fin retazos... Cada artículo del Sr. Varona es un fugaz paseo por las alturas, desde donde analiza la obra ajena con brevedad y dureza.

Confieso mi admiración por el Sr. Varona. Es, para mí, un ser exótico, en este gran tumulto de medianías. Cuando

tiempo complejo, como filósofo, como poeta, como orador, como político y como periodista. La vida ha hecho estragos en su voluntad, ha complicado su carácter, y tal parece que, convencido de la inutilidad del esfuerzo, ha ido dejando de ser periodista, político, orador, poeta y filósofo.

—Para qué, mi noble y amado abaniniquillo, he de consumir los mejores años de la existencia—reflexiona el grande hombre, en coloquio secreto con su buen compañero:—dando y pegando en la masa cretina que cada día se hincha y á cada hora retrocede á las ideas de los primeros tiempos? Cuando dí mis famosas conferencias de « Psicología, Lógica y Moral », pocos las entendieron: veintidós años han sido suficientes para que desaparecieran esos pocos y para que mi « Psicología », mi « Lógica » y mi « Moral », sean rechazadas por la roca viva del entendimiento de nuestra juventud. Poeta ¡ pobres versos míos que tanto amé! ¡ Hasta yo mismo los he olvidado ! Y no creas, abaniquillo de mis confesiones,

que eran medianos mis versos; yo fuí poeta, aunque hoy no quiera serlo; las musas me atisbaban, y agarrándome de los pelos, dábanme paseos crueles por nuestro Parnasito... Necios y tontos se imaginan que la lira en mis manos cantaba con pereza, que á los ritmos que mis dedos le arrancaban les faltaba inspiración, arte, arte é inspiración de quien viene á la vida con el dardo de la Poesía en el alma... Los versos me cansaron; los eché todos al fuego: no quise conservar aquellas pompas de mi precocidad literaria; pensé, llevado por la experiencia, pícara demoledora de las ilusiones primeras, que en la existencia no debe hacerse nada inútil, nada que no conduzca á un fin práctico. La poesía, á mi juicio, hace al hombre convertir en realidad las tristezas ficticias que canta... La tribuna es la que aún me seduce. ¡Qué hermosa es la palabra! Mis discursos arrancaron más entusiasmo del público que mis versos; pero ¡es tan difícil ser orador, cuando las corrientes políticas nos son adversas; cuando nadie

quiere pensar como piensa el que habla!... Mi política ¡ya sabes abaniquillo curioso pero discreto, cuál es!: no sorprenderme de ningún amago de la adversidad; juzgar de los altos problemas con criterio independiente, tirando á que ellos se resuelvan en armonía con los intereses de la familia; ésperar á que los fracasos del régimen demuestren á los patriotas que sin Cámaras, sin partidos políticos, sin derecho electoral, sin más autoridad que la de una especie de Dictador Perpetuo, elegido por un Congreso de potencias sajonas, que se llame el Gran Maestro, iremos mejor hacia el único fin que persigue el Estado: la felicidad y la tranquilidad de los individuos que lo forman... Mi periodismo no ha sido más que un medio legítimo de ganarme la subsistencia; pero detesto los periódicos que no sean exclusivamente filosóficos ó literarios: el periódico diario es una tribuna en donde se podrían decir muy buenas cosas, pero en donde precisamente no se deben decir; el periodismo diario es la más horrible de las

torturas para un hombre de mi temperamento... La última vez que caí en sus redes ¡ tristes redes, por cierto ! coseché tantas amarguras y tan profundas decepciones, que me despedí de él para siempre. En el periódico se vive dentro de la llaga social, y amasando los grandes defectos del carácter del pueblo. Todo lo empecé á ver, desde el periódico, más pequeño, más insignificante: el ideal de que á diario se charla, tendía á convertirse en polvo. ¡ Me horrorizó la *atomización*, tendencia de mis paisanos, y escribí esa palabra sabia, en la conciencia pública, con la seguridad de que no habría de robármela Ribot !...

***

Ha corrido insensiblemente mi pluma, tratando de penetrar el espíritu de un hombre impenetrable, y sin saber, como no lo sé yo, por donde se llega á esa alma complicada y poderosa. Por eso puedo asegurar que es el más desconocido de nuestros hombres ilustres, aunque sospecho que es el alma más profunda y

el corazón más sólido de nuestras eminencias.

No hace muchos meses, juntos, atravesábamos las ruinas del Camagüey, y señalaba el señor Varona los lugares históricos en donde pasó su niñez.— «Aquí, me decía, nació mi padre; allí, mi madre... En esa escuela aprendí á leer...» Estas palabras, las más sencillas que ha dicho en su vida, brotaban de sus labios con ternura... ¡él, que para las gentes, no se enternece jamás! Mientras seguía hablando, yo pensaba: «A Montoro le faltó una palabra para ser el primero de los revolucionarios: á Varona, para ser el primero de los hombres de la República le falta, entre los capítulos de su historia ilustre, el breve y conmovedor episodio de una lágrima!»

XIV

DOCTRINAS DE ROOSEVELT

Leyendo los libros de Teodoro Roosevelt, se encuentran hermosas teorías que corresponden perfectamente á muchas ideas expresadas por él, en sus Mensajes al Congreso y en sus discursos populares. Significa, tal consecuencia en el orden de sus principios, que el encumbramiento del individuo, lejos de torcerle en su camino, ha vigorizado más la línea recta de sus teorías, muchas de ellas de fácil aplicación cuando se predican desde la Casa Blanca. Su política y su filosofía han sido una misma; y su filosofía, antes de convertirse en actividad política, no fué dictada por la tendencia aduladora de los aspirantes de nuestra raza, que siempre levantan su hogar político sobre la ficción, sobre el engaño de una fe que disfraza un hondo y enfermizo escepticismo, sino por una aspiración íntima, utópica en unos extre-

mos y en otros no, de mejorar, en el orden de las ideas abstractas, la conciencia de su pueblo.

Para nosotros, en política, todo es mentira, y esta peligrosa mentira atraviesa los corazones, como una corriente eléctrica, en el mismo instante en que la fe y la sinceridad serían salvadoras.

Se acepta, como cosa natural á la que no cabe oponerse, que un discurso político es una farsa; que las ideas expuestas por un candidato están farfulladas por la ansiedad del éxito; que las promesas de un gobernante jamás son espontáneas, ni hondamente sentidas, ni en lo futuro realizadas. El político engaña al pueblo, porque no conoce otro modo de ser político. El pueblo se deja engañar del político porque se imagina, en su ignorancia, que la mentira es lícita siempre en los labios del candidato.

La política no es, entre nosotros, educadora, y somos un pueblo ineducado. El gran progreso moral y material de los Estados Unidos no ha sido suficiente para

borrar del cerebro de Mr. Roosevelt la idea de que la política debe ser educadora, procurando estimular en los buenos ciudadanos, en vez de un americanismo ciego, absurdo, y pernicioso, la acción afectiva dentro de los límites de la lógica y la más estricta moral. Y de ahí viene la evidente diferencia entre nuestro modo de ver y sentir, en punto á patriotismo, y el modo como ven y sienten sus asuntos patrióticos los sajones. Las buenas ideas morales, y su práctica, han sido en nuestros pueblos vía de todos los crímenes políticos. Se ha invocado la libertad, para afirmar las tiranías; se ha combatido á los defraudadores del tesoro, para compartir sus pingües utilidades; la honradez administrativa, la sinceridad electoral y la verdad del sufragio, han sido predicadas por los que luego han procedido en contrario; y las gentes sensatas han visto con dolor, en Colombia, en Méjico, en Paraguay ó en Cuba, que el triunfo de los malos no ha sido contra los buenos, sino, en muchos casos, contra los peores. La política en nues-

mos y en otros no, de mejorar, en el orden de las ideas abstractas, la conciencia de su pueblo.

Para nosotros, en política, todo es mentira, y esta peligrosa mentira atraviesa los corazones, como una corriente eléctrica, en el mismo instante en que la fe y la sinceridad serían salvadoras.

Se acepta, como cosa natural á la que no cabe oponerse, que un discurso político es una farsa; que las ideas expuestas por un candidato están farfulladas por la ansiedad del éxito; que las promesas de un gobernante jamás son espontáneas, ni hondamente sentidas, ni en lo futuro realizadas. El político engaña al pueblo, porque no conoce otro modo de ser político. El pueblo se deja engañar del político porque se imagina, en su ignorancia, que la mentira es lícita siempre en los labios del candidato.

La política no es, entre nosotros, educadora, y somos un pueblo ineducado. El gran progreso moral y material de los Estados Unidos no ha sido suficiente para

Roosevelt señala como fantasma que amenaza la patria de Washington lo que es entre nosotros, desde el primer día de la República, estado dé conciencia. «A los ciudadanos honrados y de conciencia recta—escribe Roosevelt,—casi no hay necesidad de hablarles de la doctrina moral aplicada á la vida pública.» Para nosotros es hombre honrado y ciudadano de conciencia recta cualquiera que, en política, ha tenido el cuidado de no caer en las redes del Código penal, ó ha disfrutado de la influencia necesaria para romper esas redes cuando en ellas ha caído. «Es un crimen más grave que faltar al individuo, faltar á la Nación.» Y nosotros sólo afectamos respetarla cuando, en realidad, más se la ofende, cuando es preciso, para obtener posiciones políticas, emborrachar las muchedumbres cantando á la patria con amor y con acatamiento que no está en riguroso acuerdo, por lo general, con la conducta anterior y con los íntimos propósitos de la política. Por último, Roosevelt escribe estas líneas trascendentales que, en

ciertos aspectos, parecen escritas para nosotros con una previsión admirable: «El que corrompe nuestra vida pública, por malversación en el ejercicio de las funciones que tiene encomendadas, por compra de electores ó de legisladores ó por distribución de empleos entre gentes indignas, en recompensa de la actividad perjudicial é interesada que hayan desplegado en actos políticos, es mayor enemigo del buen orden nacional que el cajero infiel de nna casa de banca y que el que abusa de un depósito que se ha puesto bajo su custodia.»

XV

EL SUFRAGIO UNIVERSAL

EL DEBATE, planteado en el Ateneo por el Sr. Varona, sobre el sufragio, (1) ha dividido en dos grupos, igualmente respetables, á nuestros hombres más distinguidos en la ciencia y en las letras. De un lado, defienden la teoría del sufragio restringido pensadores que no actúan en el orden político, y que, en cierto modo, demuestran repugnancia de todo procedimiento que tienda sólo á complacer

(1) Aludido el Sr. Varona por el periódico *La Discusión*, con motivo de cierta campaña política, expuso nuestro filósofo, en una carta, algunos de los desacuerdos que existen entre sus ideas y los programas de los partidos políticos, causa principal de su retraimiento. Como las declaraciones del ilustre escritor promovieron polémicas en la prensa y las más las originaba el deseo manifestado por el Sr. Varona de que se revise la Constitución para restringir el sufragio, el Ateneo, ó su director, el notable poeta cubano Manuel S. Pichardo, propuso al Sr. Varona que iniciara un debate, acerca del particular, en los salones de aquel centro literario. Accedió el Sr. Varona y acudieron al Ateneo las primeras intelectualidades del país, efectuándose, entre escogido público, varias interesantísimas sesiones.

LEYENDO los libros de Teodoro Roosevelt, se encuentran hermosas teorías que corresponden perfectamente á muchas ideas expresadas por él, en sus Mensajes al Congreso y en sus discursos populares. Significa, tal consecuencia en el orden de sus principios, que el encumbramiento del individuo, lejos de torcerle en su camino, ha vigorizado más la línea recta de sus teorías, muchas de ellas de fácil aplicación cuando se predican desde la Casa Blanca. Su política y su filosofía han sido una misma; y su filosofía, antes de convertirse en actividad política, no fué dictada por la tendencia aduladora de los aspirantes de nuestra raza, que siempre levantan su hogar político sobre la ficción, sobre el engaño de una fe que disfraza un hondo y enfermizo escepticismo, sino por una aspiración íntima, utópica en unos extre-

de la protesta armada, ni causa directa de nuestra separación de España. La tiranía de los gobiernos coloniales, hubiera sido suave de haber sólo consistido en la restricción del sufragio; y es, asimismo, una verdad innegable, que en la extensión del sufragio no radican las desdichas nacionales que ahora padecemos, tanto más cuanto que no hay duda de que estas desdichas, tantas veces lamentadas, no las hubiera evitado la Constituyente restringiendo el derecho de votar. La importancia del debate estriba, por lo que entiendo, en que se estudia y analiza el alma cubana; en que se estimula, en cierto orden de ideas, la capacidad del ciudadano; en que se propende á formar un estado de conciencia que modificará, al cabo, la influencia del intrigante y la del audaz que no reconoce ni al filósofo, ni al patriota; en que se combate la enfermedad más grave de nuestra clase media: la atonía moral; y, por último, en que se inicia una acción pedagógica de trascendentales y positivos resultados.

Examinados el medio y las circunstan-

cias en que Cuba se independizó de España, es fácil llegar á la conclusión de que el sufragio universal no nos ha proporcionado ningún disgusto por su cuenta: las Cámaras y el Ejecutivo, sin él, estarían en las mismas manos que están. Y es que el mal no viene del fondo, sino que procede de la superficie; y la responsabilidad de la actual situación cabe, completa, á los que no habrían procedido por manera distinta si del cuerpo electoral hubiérase eliminado al analfabeto. Es en mí una creencia arraigada. El problema tiene un carácter social, más filosófico que político. Incurren en grave error los que creen que el sufragio universal es una gran conquista revolucionaria, y que es asunto patriótico defenderle á capa y espada en nombre del sentimiento público. El patriota, conociendo ese espejismo que deteriora en algo nuestra composición social, debe huir de lo aparente, toda vez que la estética republicana y el tapiz de libertad no llegarían á constituir lo necesario para que fuera el hogar cubano permanente.

Spencer, considera el amor á los afeites políticos un signo de atraso, propio del medio social de Turquía ó de Persia. Pero, á su vez, engañados por la frialdad del análisis á que someten sus ideas, incurren muchos de los enemigos del sufragio en la común equivocación de cargarle al débito de sus delitos lo que corresponde á las clases directoras que no dejarían de serlo si el sufragio fuese recortado; y se abruma de responsabilidad al analfabeto, cuando es evidente que á pecar le conducen esas mismas clases snperiores, ilustradas, profesionales y solventes, para quienes se desea el exclusivismo del sufragio. (1)

El doctor Varona, exponiendo su doctrina; el señor Averhoff, estudiando el medio, el órgano, y no la función y el

---

(1) «....el peligro no consiste en que los cubanos tengan como los demás hombres pasiones, ambiciones y vicios. Lo grave, á mi entender, es que la enfermedad radica en la conciencia y nadie mira hacia adentro, ni se encara con sus propios defectos. Sumados todos esos parásitos que no forman opinión aparece el riesgo futuro como una montaña envuelta en nieblas; y esa montaña ha de salvarla un pueblo analfabeto, sencillo y dócil. Al subir la cuesta, con los pies ensangrentados, el traje raído y el alma inocente, en fuerza de tanta ignorancia, un crítico le dice:

derecho cuya doble naturaleza con sabiduría proclama, no logran demostrar que el sufragio universal es inconveniente. Nos llenan de amargura, nos ponen á la vista de una realidad desoladora; nos ponen en contacto con las fuerzas estáticas, no excitadas por la educación, que constituyen nuestro elector; nos hacen sentir la necesidad de contener en el pueblo los desbordamientos demagógicos que provocan conservadores y liberales de nombre; pero nada de ello demuestra que el sufragio sea malo por universal. Penetramos el alma cubana y hallamos, en su interior, las anomalías y los vacíos que perturban; solicitamos del ciudadano costumbres públicas, conocimiento del derecho y del deber, y surge á nuestra

"No tienes el derecho de votar, porque no sabes leer; tu incultura es una maldición horrible; no conoces tus derechos y no puedes ejercer la libertad."

—¿Soy yo—podría preguntar el desventurado á quien se acusa,—la piedra, la tierra y el charco que encuentro al subir esta montaña; soy yo quien vende la tierra al oro del norte, quien entrega el corazón del territorio al extranjero, quien da lugar á que los títulos de propiedad anulen nuestra fe de bautismo?»

(De mi artículo *Temporada filosófica*, publicado en *El Fígaro* del 10 de Diciembre de 1905.)

ambiciones ilegítimas, amparadas por el halago á las muchedumbres. Del otro, sostienen la excelsa virtud del sufragio universal hombres también ilustres, en nuestro medio, pero que, en su casi mayoría, han tomado parte, y algunos muy activa, en la política, uniéndose bajo la sombra de una idea, para ellos fundamental, liberales exaltados y conservadores consecuentes. Se han expuesto, con fácil palabra, las opiniones respectivas de cada contendiente; se ha teorizado mucho; se han dicho argumentos sólidos, en pro y en contra; y, lo que es de todo punto plausible, mientras los unos han demostrado poseer disciplina mental, lógica, valor civil, los otros han hecho un grande y hermoso esfuerzo de templanza, para pasar, al lado de sus resentimientos, sin detenerse en ellos; para cubrir sus heridas, aún abiertas, al llegar al punto preciso en donde las teorías más elevadas tropiezan con la realidad.

Debemos reconocer que, en lo que llevamos de emancipación, es ésta la primera vez que se estudia, con altura ge-

nerosa, un asunto de interés colectivo. La República no debe ser, ni con mucho, un problema político; debe ser, en todo caso, una solución: pero no llegaría á estimarla el historiador futuro como solución, si políticos, pensadores y patriotas no le dieran, ó procuraran dar, una forma definitiva y concreta, poniendo en acuerdo al ciudadano con la Naturaleza. Yo lo declaro con entusiasmo, con profundo regocijo: el debate planteado en el Ateneo es una brecha abierta, á pica, por los intelectuales, en la roca viva de la política torpe y sin filosofía de los partidos actuales; una ráfaga de luz que ilumina el entendimiento y que enlaza los corazones; una fuerza nueva que, dormida, impregnaba la atmósfera de escepticismo, y que, despierta y activa, tiñe de esperanza la obscura visión del porvenir.

Poco importa, en el orden fundamental, [1] lo que se concreta al sufragio; porque el sufragio no fué, desde luego, móvil

(1) Hago esta afirmación por tratarse exclusivamente del problema cubano,—sin ejemplo en la historia del mundo.

de la protesta armada, ni causa directa de nuestra separación de España. La tiranía de los gobiernos coloniales, hubiera sido suave de haber sólo consistido en la restricción del sufragio; y es, asimismo, una verdad innegable, que en la extensión del sufragio no radican las desdichas nacionales que ahora padecemos, tanto más cuanto que no hay duda de que estas desdichas, tantas veces lamentadas, no las hubiera evitado la Constituyente restringiendo el derecho de votar. La importancia del debate estriba, por lo que entiendo, en que se estudia y analiza el alma cubana; en que se estimula, en cierto orden de ideas, la capacidad del ciudadano; en que se propende á formar un estado de conciencia que modificará, al cabo, la influencia del intrigante y la del audaz que no reconoce ni al filósofo, ni al patriota; en que se combate la enfermedad más grave de nuestra clase media: la atonía moral; y, por último, en que se inicia una acción pedagógica de trascendentales y positivos resultados.

Examinados el medio y las circunstan-

cias en que Cuba se independizó de España, es fácil llegar á la conclusión de que el sufragio universal no nos ha proporcionado ningún disgusto por su cuenta: las Cámaras y el Ejecutivo, sin él, estarían en las mismas manos que están. Y es que el mal no viene del fondo, sino que procede de la superficie; y la responsabilidad de la actual situación cabe, completa, á los que no habrían procedido por manera distinta si del cuerpo electoral hubiérase eliminado al analfabeto. Es en mí una creencia arraigada. El problema tiene un carácter social, más filosófico que político. Incurren en grave error los que creen que el sufragio universal es una gran conquista revolucionaria, y que es asunto patriótico defenderle á capa y espada en nombre del sentimiento público. El patriota, conociendo ese espejismo que deteriora en algo nuestra composición social, debe huir de lo aparente, toda vez que la estética republicana y el tapiz de libertad no llegarían á constituir lo necesario para que fuera el hogar cubano permanente.

Spencer, considera el amor á los afeites políticos un signo de atraso, propio del medio social de Turquía ó de Persia. Pero, á su vez, engañados por la frialdad del análisis á que someten sus ideas, incurren muchos de los enemigos del sufragio en la común equivocación de cargarle al débito de sus delitos lo que corresponde á las clases directoras que no dejarían de serlo si el sufragio fuese recortado; y se abruma de responsabilidad al analfabeto, cuando es evidente que á pecar le conducen esas mismas clases snperiores, ilustradas, profesionales y solventes, para quienes se desea el exclusivismo del sufragio. (1)

El doctor Varona, exponiendo su doctrina; el señor Averhoff, estudiando el medio, el órgano, y no la función y el

(1) «....el peligro no consiste en que los cubanos tengan como los demás hombres pasiones, ambiciones y vicios. Lo grave, á mí entender, es que la enfermedad radica en la conciencia y nadie mira hacia adentro, ni se encara con sus propios defectos. Sumados todos esos parásitos que no forman opinión aparece el riesgo futuro como una montaña envuelta en nieblas; y esa montaña ha de salvarla un pueblo analfabeto, sencillo y dócil. Al subir la cuesta, con los pies ensangrentados, el traje raído y el alma inocente, en fuerza de tanta ignorancia, un crítico le dice:

derecho cuya doble naturaleza con sabiduría proclama, no logran demostrar que el sufragio universal es inconveniente. Nos llenan de amargura, nos ponen á la vista de una realidad desoladora; nos ponen en contacto con las fuerzas estáticas, no excitadas por la educación, que constituyen nuestro elector; nos hacen sentir la necesidad de contener en el pueblo los desbordamientos demagógicos que provocan conservadores y liberales de nombre; pero nada de ello demuestra que el sufragio sea malo por universal. Penetramos el alma cubana y hallamos, en su interior, las anomalías y los vacíos que perturban; solicitamos del ciudadano costumbres públicas, conocimiento del derecho y del deber, y surge á nuestra

---

"No tienes el derecho de votar, porque no sabes leer; tu incultura es una maldición horrible; no conoces tus derechos y no puedes ejercer la libertad."

—¿Soy yo—podría preguntar el desventurado á quien se acusa,—la piedra, la tierra y el charco que encuentro al subir esta montaña; soy yo quien vende la tierra al oro del norte, quien entrega el corazón del territorio al extranjero, quien da lugar á que los títulos de propiedad anulen nuestra fe de bautismo?»

(De mi artículo *Temporada filosófica*, publicado en *El Fígaro* del 10 de Diciembre de 1905.)

observación el colono vestido con la ropa limpia de la independencia. Y del debate, sólo sacamos una consecuencia: que las leyes malas, no son peores que los ciudadanos; que la solución no depende de los partidos políticos, ni siquiera de los gobiernos, sino del desenvolvimiento que alcance entre nosotros la Pedagogía social, que debe ser la fija de nuestras aspiraciones actuales, reconociéndola como el medio eficaz de combatir la atonía moral en que se extingue lentamente la nacionalidad cubana. Si el enemigo del sufragio sin cortapisas, convirtiese en anteojo la clase media, solvente y con título académico, para observar, por medio de él, ese derecho no absoluto hábilmente explicado por el señor Averhoff, se daría con la sorpresa de que esas circunstancias no hacen mejor su voto, ni lo influyen en el venturoso sentido que se desea. (1)

(1) El Dr. González Lanuza en su admirable discurso pronunciado en el Ateneo el 5 de Diciembre, hizo al autor de este libro, el honor de citar estos párrafos que, como todo el capítulo, aparecieron en *El Fígaro*. Antes de leer los párrafos aludidos, el Dr. González Lanuza dijo: «En este punto debo hacer la siguiente declaración, por lo que respecta á mi opinión personal, que me alegro de

Si se atiende, por otra parte, á que, en nuestro caso, el espíritu nacional está sólo en formación, (1) nos damos con otra sorpresa, que la experiencia y no la teoría nos proporciona: de las clases inferiores, no viciadas aún por el egoísmo que produce en un régimen arbitrario una educación mediocre y sin tendencia pedagógica, surgen mejor y más abundantes los elementos necesarios para formar el carácter nacional. Poner la salud de abajo en aptitud de influir en la inteligencia cultivada de arriba, será la solución del problema y despejará las incógnitas que obligan á Le Bon á declarar que, ante los problemas sociales, todas las ignorancias se igualan. El hombre que pretende ser práctico, al querer adivinar

---

haberla expuesto en privado á algunos particulares amigos míos, porque ellos podrían ser testigos de valer que acrediten que lo que digo no es una jactancia; pero tal como á mí mismo me la formulara, tal como la voy á exponer, me la he encontrado expuesta en un artículo publicado en *El Fígaro* del último domingo, escrito por el Sr. Márquez Sterling, que recomiendo á los que no lo hayan leído», etc.

(1) Esta afirmación, la hago suponiendo que, por muy mal que nos vaya, y por muy torpe que sea la política y por muy lejos que estemos de comenzar á educarnos polí-

esas incógnitas, por fuerza se vuelve idealista, y su lógica duerme, sobre la almohada gloriosa de las musas, cuanto más pone á contribución la teoría y cuanto más se empeña en oponerla al dogma de la época. Se discute el derecho del sufragio y en el fondo lo que se remueve y se agita es el derecho de todos, analfabetos y sabios, que se llama soberanía, y que en nosotros es incompleto y débil. Si la República perece, no morirá á manos del sufragio universal; el golpe decisivo no se lo darán los que no saben leer y escribir sino aquellos que, sabiendo, lo emplean en satisfacer su egoísmo, con mengua de los intereses nacionales. Hay que formar el elector, es muy cierto, pero

---

ticamente, el solo hecho de gobernarnos por nosotros mismos, debe dejar alguna huella, por leve que sea, huella al fin, en la conciencia nacional. No necesito explicar aquí la diferencia que existe entre la nación y el Estado y entre la patria moral y la patria geográfica. Léase á Burgess, *Ciencia Política*, tomo I.

En mi *Psicología profana*, página 229 y siguientes, capítulo titulado *Mirando más allá*, puede enterarse el lector, si le interesa, de algunas ideas acerca del particular. Es muy hermoso y sabio el capítulo *Organización social*, de Gustavo Schmoller, en su libro *Política social* y *Economía política:* su lectura es de gran utilidad.

no lo es menos que el verdadero elector tampoco existe en las clases superiores: hay en nosotros, una incapacidad común á todas las clases sociales, que se manifiesta según el grado de cultura del individuo.[1] La Pedagogía social, actuando, será eficaz si estimula convenientemente al ciudadano y si el régimen político resiste, á través del tiempo, á la absorción lenta, moral y material, de nuestros vecinos de Norte América.

Cuánta energía, cuánta decisión, cuánta virtud y cuánta justicia necesitamos sembrar en el espíritu para que vengan á tiempo los frutos de la independencia! No fijemos la vista en el sufragio que, por condición humana que no nos es dable modificar, resulta una mentira, más ó menos grande, restringido por castas ó extendido por la democracia más frené-

(1) «Yo creo, como cree el Sr. Márquez Sterling, que es necesario educar á nuestras clases directoras, que si nuestro pueblo es inferior á otros pueblos las clases directoras de nuestro pueblo son más inferiores que las clases directoras de otros países; y que en tal concepto esa Pedagogía social de la verdad y la justicia se necesita para sembrar en el espíritu de todos el amor á entrambas virtudes...» (González Lanuza, *Discurso* citado.)

tica. Vamos por una senda y en ella están los abismos y las cimas: procuremos no avanzar á ciegas; levantemos el corazón y con el corazón el entendimiento, para fortalecer un verdadero ideal de justicia y de libertad que haga posible y razonable nuestra existencia política, que justifique y determine la personalidad cubana. El porvenir, entonces, no será dudoso; el fantasma de las confabulaciones étnicas, se apartará de nuestro camino; dejaremos de ser, para el mundo político, un Estado inmóvil; las tradiciones revolucionarias no se fosilizarán para convertirse en dogma rutinario; no seremos como egipcios convertidos en siervos, ni como caldeos desaparecidos; no será nuestra historia una gota de sangre en el seno de las edades, ni nuestro símbolo una lágrima perpetua sobre una tumba sin manchas y sin flores...

XVI

AYER—HOY—MAÑANA

No se puede emprender la patriótica tarea de procurarle salud al espíritu sin conocer de antemano la enfermedad de que padece. Y es esta enfermedad la honda preocupación que debe conducir al análisis á cuantos son capaces de influir en los rumbos de la sociedad, en la dirección del Estado y en la educación del pueblo. El que procura descubrir la lesión moral que determina trascendentales consecuencias, contribuye á que los males no se hagan crónicos é incurables. Quien estima que su patriotismo le obliga al silencio y al disimulo, resulta cómplice en el daño que se le hace á la patria que equivocadamente cree amar.

I

El notable estudio de Carlos Octavio Bunge sobre *Nuestra América*, es tan ameno, tan pintoresco, tan brillante, tan su-

gestivo, que parecen muy cortas las horas que se emplean en devorarle, experimentándose la necesidad de volver á leerle, como si ardiera en nuestro corazón la esperanza de descubrir nuevos tesoros en sus páginas doradas.

Confieso leal y honradamente que pocas lecturas han producido en mi espíritu impresión semejante á ésta; mi cerebro ha sentido los pinchazos, no de la duda, sino del pesimismo enervante; como si despertara de un sueño profundo, cuanto me rodea me asombra: un ligero temblor recorre toda mi piel en el instante de escribir estas cuartillas. Temo—y dicho sea en tono de confidencia —á la necesidad ineludible de enfrentarme con la vida real: lo inextricable suele ser pavoroso para las conciencias sanas; el estudio de nuestra raza, de nuestros males, de nuestro futuro, es empeño difícil, provechoso, sí, pero tan amargo que deja en el espíritu la huella de una melancolía infinita. El libro de Bunge es un monumento erigido sobre una llaga enorme; á la sombra de este monumento cree, el patriota, que po-

drá fecundar la planta maravillosa que curará la llaga. Es obra que hay que leerla toda, sin perder una sola palabra; y tiene, á mi juicio, el mérito de que, para combatirla, se necesita escribir otro libro semejante con superiores alientos á los suyos. El crítico tiene que conformarse con entresacar del torrente, la substancia que más le agrade, ó la de aquello que aisladamente quiera combatir; y su tarea, á la postre, le resultará pequeña, imperceptible, perdida en las espumas que produce la tremenda cascada al chocar con las aguas tranquilas y transparentes. Ofrece, además, á la crítica, la obra de Bunge, un obstáculo muy difícil de salvar, y es que tiene tanto de artística como de científica: no se parece á otras de un sectarismo descarnado que ellas mismas señalan el blanco en donde han de clavar sus dardos los contraríos.

«Sobre todos los *rasgos comunes* del carácter de los hispano-americanos—escribe Burge — destácanse tres fundamentales que lo tipifican; que sostienen, como inconmovibles columnas de piedra, el

genio de raza: la *pereza*, la *tristeza* y la *arrogancia.* » Observación tan curiosa, la ha hecho, de seguro, alguna vez, el lector, sin darse cuenta de lo que ahondaba en el problema de raza. A nosotros—que cabemos á medias dentro de las causas y concausas en que se apoya Bunge, y que, aunque pretendiéramos negarlo vanamente, llevamos sangre más española que la del sud-americano, con gotas de sangre cartaginesa, romana, goda y morisca, si es que aún esa sangre existe en la actual población ibérica—nos viene de molde el símbolo con que el escritor argentino representa á la gran familia hispano-americana: «una joven de lánguidas pupilas negras, que velan sedosas pestañas y profundizan circasianas ojeras, tendida, en sempiterna siesta, sobre una hamaca que voluptuosamente se balancea colgada á la sombra de dos árboles gigantescos que la protegen de un sol equinoccial».

Sin embargo, como en la sangre de nuestro pueblo faltan ciertos elementos capitales que influyen en el carácter de

los demás hispano-americanos, los tres rasgos fundamentales *del tipo* varían en nosotros, por lo menos, en intensidad: la pereza es más que la tristeza, y menos que la arrogancia. Por eso he dicho y repito que somos más españoles que los demás hispano-americanos, ya que forman éstos una raza psíquica hispano-indígeno-africana de la que sólo tenemos nosotros dos terceras partes. Nuestras diferencias con los hispano-indígeno-africanos, se advierten en que no tenemos nada de sangre caribe, que equivale á negar antecedentes indomalayos; y nuestras semejanzas al *tipo* que estudia Bunge, estriban en el dominio, en unos y otros, de la raza más fuerte, con las circunstancias históricas que nos han unido dentro de una misma aspiración, azotados por una misma tiranía.

La «pereza colectiva» es la clave del caciquismo hispano-americano, según la teoría de Bunge. Nosotros vivimos en pleno caciquismo, caciquismo típico, y nuestra tendencia al caciquismo tiene su fundamento en la indolencia moral

que nos consume; y ya sea pereza colectiva ó indolencia moral, unos y otros vamos á caer dentro de los límites de esta observación innegable: «la turba delega su soberanía, pero no en el más apto, sino en el más temido». El caciquismo, el fulanismo y el compadrazgo, forman el negro abismo en que ha vivido, muriendo, después de su independencia, la América que no pudo ser libre cuando fué independiente. Los tres grandes caciques que estudia Bunge, son extraordinarios: Rozas, el tirano de Buenos Aires, el más sombrío; García Moreno, que parece un espectro que brota de las páginas que conservan el recuerdo de la Inquisición; Porfirio Díaz, que vacía en los moldes de su poderosa voluntad el tipo del *cacique civilizador*, «régimen natural de ciertos pueblos». Los tres grandes caciques pintados por Bunge, parecen cuadros de pinceles superiores: Rembrandt y Van Dyck los hubieran dado, para su ejecución, á los maestros de sus sueños artísticos. Rozas, el poder por el poder; García Moreno, alma de inquisidor faná-

tico; Porfirio Díaz, corazón de héroe.... El lienzo de esos cuadros, es admirable: en el fondo aparece la conmoción social del pueblo ignorante que se hace héroe en lucha por la libertad y que se humilla después á la reacción insolente á veces y á veces hipócrita y solapada.

II

La parte que tenemos de españoles, se nos conoce, á primera vista, en nuestros males colectivos, en nuestros defectos fundamentales, en todo aquello que produce dolor y amargura. Como españoles [1] somos exclusivistas, violentos, imprevisores, egoístas. Creemos ser todo aquello que no somos; queremos resolver las cuestiones que corresponden al pensamiento por medio del valor personal y la coacción; jamás miramos hacia el porvenir, preocupados siempre del pro-

(1) Según el Sr. Rodríguez Navas, la atonía moral en España se traduce en «carencia de patriotismo, de ideales y de entusiasmos, en pesimismos enervantes, en el entronizamiento de concupiscencias, de injusticias y de ficciones en todos los aspectos de la vida social».

blema diario; y ni un solo cubano *de altura*, como se dice, medita los compromisos por todo hombre civilizado contraídos con ese mañana que envuelve, en los pueblos sanos y conscientes, una alegre sonrisa de esperanza, indiferente al trazo que, de la realidad á la tumba, marca el tiempo.

Y yà sé lo que esto significa: que el patriotismo ciego y adulador me juzgue desposeído de la afección que, exaltada, busca un remedio en la verdad. Por lo mismo que vivimos de mentiras, la verdad puede darnos la salud. Hasta hoy, hemos mentido siempre; y nuestra tendencia más curiosa consiste en aparentar poseer cuanto no nos pertenece. Nos abruma una falange insensata de hombres que quieren gozar de lo que por inclinaciones naturales, circunstancias ó aptitudes, resulta refractario al carácter en ellos dominante. El pobre ambiciona honores de rico; el analfabeto de literato; el ignorante de estadista: la *anemia* moral, lo consiente, primero, y lo legaliza, después. No reconoce la máxima por la

cual el hombre debe educarse á sí mismo; ignora aquella otra adoptada como base filosófica por Sócrates y que fué grabada en el atrio del templo de Delfos; y, por último, despoja al espíritu de toda característica que permita conocer, en términos precisos, la *conciencia social.* Si las Hadas se acercaran á nuestro oído para preguntarnos en qué consiste el patriotismo de todos y el de cada uno de los individuos que forman la nacionalidad cubana, nadie se atrevería á responder en lo que á sus opiniones y anhelos personales atañe; pero, en cambio, todos nos hallaríamos dispuestos á responder, en nombre del país, exponiendo ideas vagas y sentimientos extraños, notables por su hinchazón. Las Hadas tal vez nos juzgarían mejor dispuestos para el patriotismo primitivo, anterior á las dinastías de Etruria, que para el patriotismo contemporáneo, que tiene arranques dignos de hotentotes, como diría un sociólogo, aunque lo discipline la hermosa tendencia hacia el ciudadano del mundo.

III

De la atonía moral, procede el *parásito*, que vive del *jugo patriótico*. No lo contiene un firme ideal, que equilibre la justicia colectiva. Y se hacen utópicas las leyes del Estado y las virtudes del ciudadano. El orden, el progreso y la conservación de la libertad y la personalidad, llegan á supeditarse á los intereses del parásito. Surgen los grandes azotes, que aplanan el espíritu y quitan hombres para echar ciervos. Cada parásito es un cacique á su modo. Y de la suma de todos los caciques regionales, surge el gran cacique nacional, representativo primero (época presente), activo después (época futura). La *anemia* moral, hace de esta desdicha inmensa una necesidad *política*. Y lo que nuestro filósofo Varona llama centralización enérgica, y parece una idea antidemocrática, para mí no es otra cosa que un sistema *ineficaz* de estimular la *anemia* moral, sin destruir el verdadero y grave inconveniente del *parásito* con inclinaciones al *feudalismo* incompleto.

En un medio como el nuestro, la libertad teme á la libertad, y la libertad destruye á la libertad. En principio nos seduce el *quintaesencialismo.* Y por lo mismo que no lo meditamos, no lo practicamos. Nuestras asociaciones privadas tienen un enemigo cruel: los reglamentos, como son obstáculo de los Municipios las Ordenanzas, y positivo estorbo del Estado el derecho constitucional establecido. Una falta completa de *instinto psicológico*, determina la adopción de un régimen propio de sociedades modelos de cultura y costumbres, y en los primeros movimientos colectivos, en los que se enfrentan el interés común y el interés personal, reglamentos, ordenanzas y constituciones se vuelven tristes despojos que no sirven ni de alfombra á los pies del parásito. La máquina social funciona al garete. Y viene á darle una orientación fija el parásito, arrogante y decidido, rey del terror, capataz, al cabo, de ciervos indefensos.

Las virtudes se extinguen forzosamente, si aparecen, equivocadas, en un régi-

men político ajeno al espíritu de justicia que debe regular á todos los pueblos. Si el Jefe del Estado es hombre bueno, pero sin carácter, el medio social lo anonada, lo incapacita, lo destroza; y ha de elegir entre los dos extremos que le ofrecen el *parásito* y la atonía moral que lo produce: entre la muerte política y el *caciquismo representativo*—puente que franquea la vía del éxito al *caciquismo activo* de mañana: el torpe imperio del más frenético egoísmo...

IV

Pero..... ¿cómo ha tomado, entre nosotros, tanto cuerpo el egoísmo? ¿No éramos el tipo clásico del desprendimiento, hijos predilectos de la Virgen de la Caridad, cuya imagen bendita llevan sobre el corazón todos los habitantes de esta tierra?

Es sin duda el tradicionalismo uno de nuestros peores enemigos; porque es un tradicionalismo sin filosofía y sin estímulo. Cuéntanse de nuestros antepasados rasgos de un sugestivo espíritu altruista; refiérense de la época del patriarcado

episodios conmovedores de nuestros dadivosos bisabuelos. Echaban éstos la casa por la ventana en los días de fiesta doméstica. Compartían con el prójimo las delicias de su mesa. Y ofrecían al caminante desdichado, aterido de frío en las noches húmedas de invierno, techo, cama y abrigo. Y mientras así cumplían con sus sentimientos humanitarios nuestros bisabuelos, lloraban enternecidas nuestras bisabuelas á los sagrados pies de la Virgen de la Caridad del Cobre.

Moralmente, Cuba estaba dividida en pequeñísimas nacionalidades. Cada patriarca formaba con sus tierras y su casa solariega una microscópica nación; y se comunicaba con sus vecinos en la ciudad cercana, que equivalía á una especie de pequeña metrópoli, en donde el poder único residía en un extranjero, de instintos tiránicos y rapaces. Así, aquellos benditos patriarcas amaban su finca y su ciudad. Aislados del resto de la isla, preocupábanse poco de los problemas sociales, políticos ó económicos, que directamente no les afectaran; y aun se tenía la

creencia de que á los vecinos de la capital de la colonia era á los que exclusivamente competía entender de asuntos semejantes. Algunos hacían un viaje al exterior, y este viaje, no repetido, era tema infinito para provocar, durante las noches de zafra, el sueño de los hijos y más tarde el de los nietos.

Pueblo más dócil para ser gobernado y explotado, no lo encontró España en el resto de América. Sin embargo, extremaron su rigor los que, con el azote, representaban al rey, haciendo sentir en los bondadosos colonos la necesidad de protestar. La lección de independencia, dada por Bolívar en tierra sudamericana, produjo sus efectos en el espíritu del patriarcado; pero, como en el fondo de su alma eran egoístas *inconscientes*, les pareció á los patriarcas más beneficiosa para sus tierras, para sus diminutas nacionalidades, el poder norteamericano, la dependencia de un pueblo rico, próspero y emprendedor. He ahí la conspiración de 1851.

Los acontecimientos despertaron en el

patriarcado una aspiración romántica; comenzaron á comunicarse los hombres de una provincia con los de las otras y á extender su horizonte y á abrir su alma á ideas más amplias, más nobles y de un carácter colectivo. Los cubanos ricos, que formaban la única clase que pensaba, que sentía y que ejecutaba, pusiéronse al habla en las regiones orientales; conspiraron con valentía, aunque sin capacidad revolucionaria; prepararon, en delirantes raptos de romanticismo, la ruina de sus hijos y su propia horca; y rompió la titánica pelea de un puñado de héroes contra la distante metrópoli enfurecida. A los diez años todo era escombros, humo, dolor; y á cada paso se levantaba una tumba. En esa revolución, que algunos, sin comprenderla, han creído infructuosa, se obtuvieron dos pulgadas de libertad política para los blancos y la libertad individual de los negros; se aprendió á morir y á matar; se definieron el patriotismo y el egoísmo con rasgos precisos; y se engendró en el corazón del

país un sentimiento de dignidad: murió el patriarcado y expiró una forma candorosa del caciquismo criollo.

Pero, es lo estupendo, que la revolución desapareció con la inmensa mayoría de los elementos que la impulsaron; que casi toda aquella generación de héroes, se fué en la cascada de sangre abierta en Bayamo y cerrada en el Zanjón. Quedaron sólo su recuerdo, sus enseñanzas, no por todos aprendidas, ni siquiera oídas, y un capítulo de vigoroso estímulo en la historia. España mantuvo diez y siete años de paz. La tendencia de libertad, se fué *colonizando* poco á poco. Y el cubano, que ya no era patriarca, que había descendido de la escala social de sus padres, era un español con el espíritu regional de Cuba. El ideal de independencia se percibía en las montañas de Oriente, en los llanos del Camagüey, y un poco hacia las zonas de Sancti Spíritus; pero debo confesar que era una aspiración que radicaba en determinados elementos como herencia *aristocrática*. Un corto núcleo de supervivientes de la épi-

ca jornada, disperso por todo el país, alentaba solitario la esperanza de volver á la lucha.

España se encargó de hacer posible la nueva revolución. Martí, el genio, levantó la bandera; y dos héroes de la anterior campaña, estrellas que la suerte conservó para honor de los cubanos, fueron los caudillos. Al genio de Martí se asociaron el águila, Gómez, y el Hércules, Maceo. El primero, hijo de un guardia español; el segundo, dominicano; el tercero, mulato. La revolución de los diez años fué tan grande y poderosa que de sus restos, gloriosísimos pero escasos, se formó la nueva legión y quedó deshecha la soberanía de España.

La parte oriental de Cuba era la más inculta pero la más *separatista;* la occidental, por lo contrario, mejor preparada, no había sentido las sacudidas revolucionarias del 68. Cuando la guerra de 1895 se extendió por todo el país, unos eran ya peritos en la materia, los más recienllegados á la escuela del martirio. Los incultos dieron lecciones de progreso á los

elementos ilustrados del cerebro de la colonia. Y la guerra fué un estampido. Y si héroes hubo en Oriente, héroes hubo también en Occidente.

La intervención de los Estados Unidos dió un alto á la muerte que se cernía sobre todas las cabezas. Y dejamos de ser colonia. Pero no comenzamos á ser República.

Al término de la intervención americana, que fué corruptora, que estableció el soborno, la transgresión de la ley, y que explotó nuestros males de origen, el egoísmo era en nuestra psicología un sello característico. La República no surgió sobre el entusiasmo del ideal que triunfa. Para algunas virtudes sustanciales que la revolución engendró, el poder americano fué un paréntesis que no cerró la República. Todos los elementos se mezclaron al llegar á lo que parecía la realización de un sueño. En vez de resolverse el problema de la nación se resolvió el de cada individuo. Y hubo lo que en ese momento no era concebible: millares de descontentos y millares de despecha-

dos. El egoísmo de unos se opuso á la ansiedad de otros. Y ese egoísmo brutal, que abre un abismo entre el patriota y el ambicioso, fué bien pronto fundamento de todas nuestras desventuras inmediatas. A vuela pluma, para no cansar á mis pacientes lectores, enumeraré sus consecuencias:

I.—La aspiración al puesto público, careciendo de aptitud para desempeñarlo, y sin cuenta del daño que con ello se infiere á la patria.

II.—Una vez alcanzada la anterior aspiración del egoísta típico, llenar de parientes y amigos los más altos puestos al alcance de su influencia, haciendo guerra de intriga á los aptos y á los intelectuales.

III.—El engreimiento, la fatuidad y el desmedido amor al oro y al lujo.

IV.—El caciquismo.

V

¡Caciquismo! ¡Con qué angustia escribo esta palabra! ¡La oigo como el triste

tañido de la campana de difuntos! ¡Ella me sugiere ideas alarmantes y me produce sensaciones dolorosas! Me creo, cuando pienso en lo que significa, que soy un mártir de López I, del Paraguay, ó del Torquemada García Moreno!... Me parece ver surgir la horrible figura de Juan Manuel de Rozas, con una copa de agua bendita en la diestra y llevando el puñal, oculto, en los pliegues de la camisa. Antes me he preguntado si para llegar á ser la Argentina hay que pasar por las horcas del tirano criminal, ó por el martirio de Camila O'Gorman; pero ¿nos separa de ese camino horrible la diferencia de sangre? Somos mitad españoles y mitad africanos. Nuestros parientes remotos están en Galicia, en las provincias vascongadas y también en Mozambique. Pero no somos siboneyes, ni tenemos una sola gota de sangre indígena. Somos americanos de los trópicos, hechos por el clima, por el nacimiento, por el espíritu; pero no somos americanos con las profundas raíces de los pobladores que encontró Colón al poner el pie en nues-

tras costas y pasmarse de la hermosura de nuestra naturaleza. Y yo me digo: ¿era el puñal de Rozas sólo para la fuente de sangre indígena? ¿Sería posible consolidar con nuestros elementos de población, una patria fuerte, sana y próspera, que en vez de fundadores tiranos tuviera fundadores del valor moral de Washington? Cuatro años de República *anormal*, dan señales de cómo se va entrando en el ejercicio pleno de la independencia, y de si vienen ó no vienen los Rozas. Pero no brotan los Rozas y García Moreno en el primer día de la reforma política. Se van formando á la par que va tomando fisonomía propia la maldita y siniestra indisciplina moral.

VI

El caciquismo es consecuencia á veces de la democracia mal preparada y peor interpretada. Hay personas que creen que la democracia es un bien sólo para ellas. Dejan de ser democráticas sus aspiraciones y las de sus correligionarios.

Y hay pueblos que aceptan ese fraude como cosa legítima.

Comenzó entre nosotros el caciquismo con la fundación de los partidos. Al abrir los ojos, el país se encontró atado, políticamente, al yunque de un grupo de compinches. Los partidos han variado de nombre mil veces, los compinches han variado, á su antojo, de opinión y de centro electoral. Dos que un día luchaban por un mismo cacicato, al día siguiente se unieron y pactaron la división de un cacicato mayor. Y el poder central, sirviéndose mansamente de esas desventuras parciales, fué llevando una existencia monótona de verdadera contemplación política. El poder judicial se hizo de miel para las hojuelas de los caciques. La escuela se tornó guarida burocrática. Y el Ejecutivo era un servidor de los pequeños caciques.

Los cacicatos pequeños, hacen la necesidad del gran cacicato; y si ese gran cacicato no puede ser ejercido por el Jefe del Estado, en virtud de su personal repugnancia á ciertos sistemas, éste se adapta

á la voluntad del grupo que le rodea, y, á los efectos que se quieren obtener, las cosas se arreglan en buen acuerdo: el Presidente conserva la posición que quiere; existe el cacicato en forma *decorativa*, por parte del Jefe de la nación, y efectivo, como una oligarquía, para sus lugar-tenientes; y el tiempo, al cambiar de manos la dictadura, concluye por hacerla firme en un solo brazo y en una sola voluntad.

La dictadura no es siempre tiránica. Y nosotros aún no estamos en el período de la tiranía. Pero, el camino está franco; los principios que era necesario volcar están volcados; y no impondrá la dictadura un hombre, ni un ejército, ni un partido; sino todos ellos en obra común, tirando cada cual por su respectiva insensatez.

Vivimos en un régimen dictatorial; pero sin dictador, en la verdadera acepción de la palabra. Contra los buenos sentimientos y principios democráticos del cacique *decorativo*, se ha hecho uso de armas poderosas: se le ha puesto delante el

peligro de ser completamente justo en un pueblo sin noción de la justicia; se le ha hecho responsable de la muerte del sufragio diciéndole cuánto es peligroso ese derecho abandonado á las masas analfabetas; y, por último, se le ha seducido haciéndole creer que sólo su persona puede *desintegrar* el caos.

Y es lo más lamentable ver que las fuerzas políticas son falsas en ambos extremos; que una clase intermedia, entre el político de arriba y el elector de abajo, se pone al habla con el éxito y se deja arrastrar por él. Y así, del fondo de esa clase « intermedia » que constituye asambleas y busca destinos, sale la necesidad del cacicato. El resto de la población no opina sobre el asunto y duerme la siesta. « Los contrarios hubieran hecho lo mismo », se dice al comentar los excesos y como pronunciando una sentencia de muerte.

El valor personal es entre nosotros moneda corriente. Lo que no se encuentra es la joya inapreciable del valor civil. Un hombre, por culto que sea, prefiere un duelo á pistola antes que verse obli-

gado á decir su verdadero criterio acerca de las cosas y, sobre todo, acerca de las personas. Pero, lo que es más grave, si se atreve, después de una gran batalla interna de su espíritu, está perdido. Todos sus compatriotas saben que ha sido justo, sincero, honrado, enérgico y patriota, pero ninguno habrá de reconocerlo en alta voz, porque se vive en un convencionalismo tan absurdo que, en público, la honradez, el patriotismo y la energía tienen un mérito negativo, con provecho de aquellos que, de haber justicia en la tierra, estarían pagando sus pecados siquiera en la imposibilidad de obtener puestos en la vida pública.

Una desidia espantosa invade al criollo. Se siente dominado por la sangre africana que corre por sus venas y deja correr el tiempo y las cosas en cuanto no vea que afecten á sus intereses personales. Entiende, por otra parte, que eso del patriotismo es mentira cursi, de brocha gorda, propia sólo para los cantos de sirena de la política y para los discursos de propaganda electoral. Y no se

toma el trabajo de pensar en *su* futuro. La inmensa mayoría no luchó por la independencia y ha obtenido de la República más beneficios que los que la conquistaron á fuerza de heroísmo. Esa mayoría se encoge de hombros y duerme á pierna suelta la dicha de ser gente «lista». Come carne y verduras, en sustancioso potaje, á la entrada de la noche. Y más tarde, no falta una buena pareja para un buen danzón. El criollo se va con el espíritu, y en éxtasis de lubricidad, á la remota tierra de Mozambique, su patria moral durante el baile.

Comenzada la República, la política debía tener una tendencia, como he dicho antes, pedagógica. Sin embargo, el egoísmo, sirviéndose de la desidia y de lo que podría llamarse *pereza*, en unos casos, y en otros *cobardía moral*, alentó la desorganización en todos los órdenes, haciendo de ella su botín. En nombre de la democracia constituyéronse asambleas que son centros de malsana propaganda, en donde se alientan todas las malas pasiones y en donde el horizonte se tiñe de

negro. No brilla en ellas el hombre inteligente y activo; domina la masa que sirve al cacique, al intrigante, al ambicioso, al que promete lo que no puede cumplir, al que mejor disfraza su tendencia dictatorial con una sonrisa hipócrita...

La política ha descubierto, para explotarlas, muchas malas disposiciones de las clases inferiores. Aplasta á todo aquel que traiga nueva savia y alteza de miras y sanos propósitos. Y se invierte el orden de todas las cosas. La superficie hay que buscarla en el fondo. La realidad nacional se confunde con una comedia bufa. Todo lo que debiera ser sólido y verdadero, es vano y ficticio. Y la ficción, como en términos distintos muchas veces he dicho, nos convierte en un país con instituciones de papel pegadas con saliva. ¿Quién tiene el valor civil de ir apuntando y demoliendo ficción por ficción para abrir paso á la verdad?

VII

Llegamos al punto más doloroso: ¿Hay gangrena? ¿Tiene remedio la llaga? He aquí las esperanzas de Bunge transformado de improviso en optimista: la civilización es la riqueza; la riqueza es el trabajo; el trabajo es el frío. ¿No podemos cambiar de clima? Pues sólo hay un remedio para nuestras calamidades: *europeizarnos*. ¿Cómo? Por el trabajo. « Trabajar la tierra, la resina, la escuela, la imprenta, la opinión, el arte. » Aquí es en donde « nuestra América », la América del pequeño territorio cubano, se separa del continente latino. El remedio de Bunge es, para nosotros, una quimera... La naturaleza quiso dotarnos de tierra fértil y rica: subsiste en ella nuestro carácter latino-americano, pero no quiere que vayamos con el gran continente español, á la europeización salvadora. En cuanto llegamos á este punto, sentimos un estremecimiento profundo en todo nuestro sér, y nuestra vista, aterrada, pero fija, se clava en la América sa-

jona que «supieron» colonizar los ingleses. Indagamos y advertimos el peligro que nos amenaza: estamos en el camino de la montaña abrupta de una *hibridización* caótica; vamos á formar la raza extraña de los futuros hispano-africo-sajones; y nuestra europeización irá á la zaga de la europeización de Norte-América que mira hacia Europa, según dice Altamira, «más de lo que muchos se figuran». Nuestro problema es muy distinto al de la América de Bunge; y si vamos á Europa, seremos los últimos en llegar, y llegaremos desconocidos; nuestro temperamento, nuestras aspiraciones é inclinaciones serán distintas, y habrá desaparecido totalmente el *trait d'union* de la psicología de nuestro pueblo con la del pueblo américo-latino...

Doloroso, penosísimo avance el nuestro, que tenemos ante los ojos la iluminación sajona que impide á nuestras miradas divisar con claridad el mundo latino cuyos males padecemos sin tener á mano sus remedios. Hay en el fondo de nuestra conciencia una lucha de te-

rrores que turna con la inacción y que á veces se pierde en triste y soñolienta melancolía. Nos asedian fantasmas, no nos sentimos dueños de nosotros mismos, vamos perdiendo el derecho á mantener viejas costumbres, y á ratos nos figuramos que se cierne sobre nuestras cabezas un águila monstruo que se acerca á devorarnos; y nos sentimos dominados, casi perdidos, rodeados de cañones que manejan seres malignos, hombres funestos, gigantes extraños, venidos, en persecución de nuestro pueblo, desde otros mundos lejanos que atisban nuestro mundo: levantamos la vista y temblamos ante el desfile de penitentes que van á cumplir su último deber en la tierra...

—¿En dónde está la ventura, cuál es el porvenir?—nos ocurre preguntar á las sombras... ¡Ah! Pero las sombras disfrazan la diosa de la Angustia... y esa diosa es fatídica y muda... Optamos por enmudecer también. En sus insomnios frecuentes los políticos que empuñan, al subir á la tribuna, el ramo de laureles de la revolución, ¿cuántas veces se ha-

brán preguntado si corren más peligro que la República la raza, que el Estado el idioma, que la independencia las costumbres?

Sin volverme repentinamente cándido optimista, aunque me parece ardua la tarea que debe emprender nuestro pueblo, no considero que le estén vedados todos los caminos que conducen á la salvación futura. «Trabajar la tierra,» como dice Bunge, evitando que la tierra sea del extranjero, y menos del extranjero sospechoso de codicia. Hacer vida común con la verdad, con el derecho, con la justicia. (1) Fortalecer nuestras debilidades, apagar nuestros apetitos con el agua fresca y fecundadora de virtudes ciudadanas. No retrogradar de la libertad al servilismo, ni consentir que en nuestra conciencia colectiva, por indolentes y avaros, desaparezcan los vínculos del sentimiento con la tierra y el ciudadano. Procurar á todo trance que nuestra personalidad *nacional* sea más fuerte aún

(1) En el capítulo sobre *El Sufragio Universal*, quedaron apuntadas estas ideas.

que nuestra personalidad como Estado. No someter al oro los intereses morales. No entregar la patria á los mediocres y á los egoístas...

La realidad, con lenguaje claro, nos dice: «Seréis pordioseros en la tierra vendida al norteamericano!» Nuestros abuelos, incorporándose en la tumba sagrada, nos preguntan: «¿Qué haceis de la libertad y qué herencia dejais á vuestros hijos?»...

....

Al rendir esta jornada, fatigado y triste, me figuro que en mi bufete miles de hombres, en algarabía, luchan, disputan y se hieren... Froto mis ojos inyectados y aquella visión se disipa. Por la ventana, que á mi izquierda se abre, penetra un rayo de sol enérgico y se ilumina mi pobre habitación... Entonces pienso en que la realidad se desvanece en el horizonte, y en que el porvenir, con las enseñanzas de hoy, acaso nos reserve días de luz...

NOTAS

Página 91.—Acerca de mis ideas sobre el periodismo, he escrito varias veces. Los siguientes fragmentos, que reproduzco aquí para completar los dos capítulos dedicados á la prensa, pertenecen á mi artículo *Indiscreciones discretas*, publicado en *La Lucha* del 24 de Diciembre de 1905:

Los periodistas, en términos generales, desconocen su verdadera fuerza y la convierten en triste despojo; la tornan del revés, la ponen al servicio de la ambición, de la abulia, de la más grosera ingratitud, para que se vuelva en contra suya; se dividen, para dejarse vencer con más facilidad, y se llegan á odiar en nombre de aquel que concluye por negarles la sal y el agua; desconocen la verdadera misión del periodismo, y llevados de un frenético impulso hacia todo lo que es

destruirse los unos á los otros, procnran desarmar la víctima que, al cabo de la vida, no ha logrado conquistar siquiera el respeto de aquellos á quienes sacó de la obscuridad y la miseria.

Los periodistas no mueven la prensa, ni son los que la influyen; de esa gran máquina de civilización, son ellos los obreros; son el cerebro que da la idea, pero que no recoge sus frutos; son las ruedas que giran sin cesar, los soportes que mantienen el peso enorme de una sociedad escéptica y dispersa; y hacia su camino echan los dolores y los abismos, cuando se han agotado en su ingenio las flores con que regó la senda de la codicia, la ignorancia y la audacia.

Los periodistas no se dan cuenta de esa angustiosa realidad y son su propio verdugo. Un periodista puede detestar á un político que se ha servido de su talento y que le ha pagado luego con una mirada de indigna indiferencia; pero no lo detesta tanto como al periodista á quien, por compromiso de partido, hubo de herir ó escarnecer. Los políticos de

las más opuestas fracciones, mientras son fuertes, luchan, se embisten, se provocan; pero en el fondo de sus secos corazones, no se rechazan y llega un momento en el que se encuentran y se unen y van juntos á la batalla. Los periodistas, en en cambio, se quedan distanciados después del combate; y no pierden oportunidad de echarse á la cabeza los ingratos plomos de la imprenta. Los unos preparan las fosas de los otros. Y juntos marchan al olvido, desde las sombras profundas del hospital.....

***

La prensa, no es una fuerza que deban los periodistas utilizar para adquirir todo lo que no les corresponda; pero tampoco debe ser una fuerza para que los no periodistas se hagan dueños de aquello que no merezcan.

—¿Qué entiende usted por un periódico?—le pregunté cierta vez á un político de mediana altura.

—Entiendo por un periódico,—me respondió—una cosa que cuanto más se la

conoce, se la estudia y se la contempla, menos se la entiende.

No quedé del todo satisfecho de la respuesta que presumía de muy sincera. Y meditando sobre el alcance de tales palabras llegué á dar con una definición del periódico que juzgué más justa y menos vanidosa: el periódico—me dije—es algo muy útil que resulta muy perjudicial, y al propio tiempo algo muy perjudicial que resulta muy útil. Y luego, híceme este razonamiento: el periódico es cosa bien distinta del periodista. Si el periódico debe ser una industria como las fábricas de trapos, los periodistas no tienen razón de existir. Si los periodistas deben ser unos santos varones, que dicten al pueblo sus deberes y eduquen las multitudes y saquen del abatimiento y á veces de la abyección á la sociedad, los periódicos son una farsa y no deben publicarse.

—¿Es que el periódico y el periodista, son términos contrarios?—me preguntará algún repórter incipiente.

—No,—le responderé;—ahí está el

error. Es que el periódico y el periodista necesitan vivir en paz, entenderse como si pudiesen ser camaradas, y no salirse de la órbita que la moral y el modo de ser de las cosas humanas le señalan. El periodista debe ser hombre, debe ser honrado, debe ser inteligente, debe ser patriota, debe ser medianamente ilustre. Pero, para ello, necesita que el periódico no fabrique trapos, ni cubra con ellos las llagas de una sociedad enferma y de una política egoísta hasta el crimen. El periódico puede y debe contener los desbordamientos sociales que deshonran primero y envilecen después. Si el periódico se pone á la vanguardia de la desmoralización, la ruina es más rápida y el estímulo del mal mucho más efectivo.

—¿Y cómo se borran esas sombras chinescas de su imaginación sombría y horriblemente pesimista?—me preguntará de nuevo el incipiente.

—¡Ah! En ese punto, yo creo que el periodista debe cuidar de que el periódico sea bueno y el periódico de que el periodista sea... ¡mejor!

—¿Y puede influir en *eso* el que los periodistas estén asociados?

—No hay duda alguna, al menos así lo creo yo, de que la Asociación debe influir mucho en que el periódico y el periodista llenen sus fines en esta sociedad, sin que el uno sea una industria exclusivamente lucrativa y sin que el otro sea víctima de la ingratitud de los ignorantes y audaces encumbrados por los periócos..... La Asociación debe tener tendencia á seleccionar, porque todos los que se dicen periodistas no lo son, como todos los que se llaman políticos no tienen un pelo de Gladstone, ni una uña de Bismark, ni una pestaña de Cánovas.....

....

Página 208.—El siguiente artículo, hube de escribirlo, en el *Diario de la Marina*, para hacer justicia al mérito del Dr. Esteban Borrero y Echeverría que, en su bellísimo cuento *El Ciervo Encantado*, planteó nuestro problema nacional con extrema habilidad, ingenio y patriotismo:

Me acerco á un político flamante y le pregunto: «¿Ha leído Vd. el «cuento

prehistórico» en estos días publicado por el Dr. Borrero?» Noto, sin sorpresa, que sus facciones se contraen, que su cerebro, de suyo torpe, vacila más que de costumbre al responderme; y no me enfado al oir estas palabras que pronuncia sin darse cuenta de su alcance: «Yo leo poco; la literatura sirve para los que viven hasta cierto punto desocupados; los cuentos y las novelas son deleite de ricos y poderosos; lo ideal no florece en donde todo se reduce á una lucha pavorosa con las miserias de la realidad.»

Me abstraigo de cuanto me rodea y sólo pienso en la austera figura intelectual del Dr. Borrero. Su alma grande y profética, que de seguro «se siente providencia», como hubiera dicho Guyau, á quien tanto ha leído y en cuyo espíritu tanto ha penetrado, debe sufrir hondas y desconsoladoras amarguras al contacto de la única verdad que en nuestro medio social vibra. Una fuerza, de actividad puramente filosófica, le conduce, sin duda, á través de los escombros que contempla el analista sabio y reflexivo. Ha

de sentirse horrorizado al ver que en el orden moral todas son derrotas para su idealidad exquisita y sensitiva. Y busca por eso, en el arte, de acuerdo con la sólida teoría de M. Brunetière, un medio de perfeccionamiento social y un instrumento de investigación psicológica.

Declaro que me inspira un hondo respeto cuanto produce la pluma ilustre del Dr. Borrero; le tengo por vivo ejemplar de lo que fueron nuestros antepasados; le tomo por un resto de aquel valiente espíritu que determinó, en los cubanos de la mitad del siglo XIX, un carácter propio, hoy deshecho. Hombre estudioso, imaginativo, firme en sus anhelos de sociólogo consumado, entiendo que sus ojos están en el escenario del porvenir, mientras su alma permanece estática en la nostalgia del pasado. Para él es una solución definitiva reconstruir el alma cubana de donde proceden sus más altivos sentimientos.

El Dr. Borrero es, en cierto modo, un brillante personaje de Camilo Mauclair: es Claudio del Aguila, desarrollando sus

iniciativas y desenvolviendo su espíritu raro y altruista, en el camino por donde la humanidad regresaría de los excesos á que, en la narración de Mauclair, conducen nuevas formas de sectarismo. Claudio del Aguila, de espaldas á la obra que él inicia, pero sin modificar la intensidad de sus afectos supremos, ni la tendencia de sus ideas, es el Dr. Borrero colocado, por la evolución desorganizada de la actual sociedad, en donde un sentimiento parece extinguirse y otro vacila, se quiebra, y obedece á las insanas corrientes que anticipa la temida tempestad de mañana. Se abate á veces, y á veces convoca todas sus energías para no declararse vencido.

El hombre superior, que delira en la imaginación del personaje de Mauclair, lo había también soñado el notable cuentista; y arde á ratos, en sus ansias de profeta, la esperanza de ver cómo se unen la ciencia y el arte en una sola «claridad» intelectual, cómo se es antes carácter que técnico, cómo lleva en la conciencia, el ciudadano, su propio maestro y su poeta.

Con honda melancolía, en *El Ciervo Encantado*, el delicioso cuento prehistórico á que antes me he referido, nos expone el Dr. Borrero el despertar de su alma á las tristes realidades del presente. La loca insensatez de los ambiciosos y la dura intransigencia que domina á los extremos de la política mantienen como en suspenso la conciencia pública. Los hombres, mal aconsejados por sus apetitos, se detienen ante pequeños detalles de la vida independiente, en los que acumulan el personalismo, y abandonan, «al voraz *Piton Aureus* de los naturalistas cheleanos», lo que es para nosotros tan interesante conservar como lo era para los imaginarios seres que habitaban la isla de Nauja, hermosa tierra que parecía, en concepto del autor, hecha á pincel por las manos del mismo Platón.

Y he aquí una sabia advertencia del Dr. Borrero que debía pesar sobre el alma de los directores de nuestro pueblo. Los tristes héroes que nos describe de mano maestra, sólo demostraron una aptitud: la de odiar; y el odio al prójimo,

el odio dentro del propio hogar, los redujo á la impotencia y á la servidumbre; de caballeros pasaron á esclavos, y de este horrible descenso, consolábales la idea de que así no gozarían sus enemigos domésticos de los beneficios que, en tiempos anteriores, persiguieron como hermanos. Hostigados por la innoble torpeza de su avaricia, tornáronse más feroces que el mismo *Piton Aureus;* y el dolor ajeno, la miseria del vecino, la humillación del hermano, eran un bálsamo para soportar el dolor de la propia miseria y la propia humillación.

En Cuba la política se anticipó á la República y el poder fué lucha acalorada antes de la independencia; cuando llegó la hora de recoger el fruto glorioso de la sangre poco antes vertida, habíanse creado ya intereses de varios partidos, y el rencor, la ambición ilegítima y el odio comenzaban á disputar, en el alma de nuestros prohombres, el hueco que, entonces, sólo debía ocupar el patriotismo. El sentimiento, dejó de ser grande y generoso y se convirtió en algo así como en

emisión hipotecaria del nuevo Estado. A precios ínfimos, obtuviéronse los bonos de patriotismo que á otros costaron la muerte, en el marco luminoso del martirio. Confundiéronse en una misma aspiración egoísta buenas almas y almas perversas. Y detrás vino el caos filosófico, la ausencia del principio fundamental, el desaliento de unos y la impetuosidad y desenfreno de otros...

¡Ah, qué amargo despertar! Todas las miradas se fijan en la efímera ansiedad de una intransigencia contra otra intransigencia; y abandonan al destino, desleal é hipócrita á veces, lo que debiera considerarse el primero de los deberes, superior, en importancia, á todo sacrificio personal, único fuego que puede mantener viva y palpitante la personalidad á tanta costa adquirida...

¡Pobre artista, filósofo y profeta, que quisiste señalar la senda única del bien, iluminándola con un rayo de tu poderosa luz intelectual! Las fatigas de la encarnizada pelea, no rinden, en el alma enferma, excitada y vehemente, las du-

ras pasiones que cierran un camino aquí y abren un abismo allá..... ¿Cómo quieres que te entiendan, si para sentir tu amor hay que poseer tu generosa ternura, si para sentirse herido por los rayos del sol que guardas en el cerebro, es necesario llevar en el corazón un mundo de afectos que viva de esa misma luz que, por divina merced, derramas sobre los patriotas á través de la penumbra que los envuelve?

INDICE

ADEMÁS de ser el único curativo radical del estómago y del intestino, el **Digestivo Mojarrieta,** cura en un día las indigestiones é infecciones gastro-intestinales, porque purifica los alimentos y las aguas potables, regulariza la sed y auxilía la digestión en mayor grado que cualquier otro remedio; por todo lo cual el **Digestivo Mojarrieta** resulta tan maravilloso para los niños, durante la lactancia, como para las enfermedades crónicas del estómago y del intestino de las personas mayores. En efecto, para el destete lo mejor que hay en el mundo *es* darles diariamente á los niños el contenido de una oblea del **Digestivo Mojarrieta,** repartiendo esta cantidad de polvo de modo que el niño tome una parte cada vez que tome leche aguada, miga ó cualquiera de los alimentos, para niños, que vienen del extranjero. De este modo se evitan con seguridad los peligros del destete ó de la dentición, y no es necesario dar á los niños todos los días el **Digestivo Mojarrieta** cuando no tengan trastornos gastro-intestinales, pues basta que se les dé durante tres ó cuatro días. Es igualmente admirable, para los niños de pecho, que las nodrizas tomen el **Digestivo Mojarrieta,** durante tres ó cuatro días, cada vez que ellas ó los niños tengan una indigestión, y en estos casos las nodrizas deben tomar de dos á cuatro obleas por día, según la edad del niño y el grado del trastorno, lo cual está confirmado por muchas de las cartas que ha recibido el autor del **Digestivo Mojarrieta** de los padres de familia agradecidos y de médicos verdaderamente notables.